

ALLÁ EN EL AÑO 3.000

JOHNNY GARLAND

Era allí.

«Love Incorporated». Las letras doradas centelleaban sobre un fondo luminescente de corazones parpadeantes. Un rótulo señalaba que una hora más tarde se cerraría el establecimiento.

Bolky sabía que esa hora especial era para los que, como él, trabajaban en Centros estatales, y se debían a un horario rígido. Al salir del mismo podían visitar las Agencias Matrimoniales para escoger esposa.



Johnny Garland

Allá en el año 3000

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 305

ePub r1.0
LDS 02.07.18

Título original: *Allá en el año 3000*
Johnny Garland, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





ALLÁ EN EL AÑO 3.000

CAPÍTULO PRIMERO

SOCIEDAD PERFECTA



uevamente Bolky leyó el anuncio.

Era sugestivo. Como todos los anuncios que podía ofrecer la pantalla tridimensional de la «estereovisión». Pero a Bolky le resultaba doblemente interesante, y tenía sus razones para ello. Razones muy particulares, que por primera vez le hicieron estudiar el llamativo «*slogan*» de la «Love Incorporated»:

«Un hogar, una esposa. Una esposa, un amor.

Un amor… siempre en

LOVE, INCORPORATED».

Bolky se echó a reír jovialmente cuando por la pantalla de la

«estereovisión» pasaron rostros y figuras femeninas realmente tentadoras, ofreciendo sus encantos estilizados, con la marca registrada de la «Love, Inc.» superpuesta en la imagen.

—Sí, iré allí —resolvió Bolky tras una corta duda—. Iré hoy mismo…

Era lo que todo hombre, consciente hacía cuando llegaba el momento de casarse y fundar un excelente hogar.

Hasta entonces había tenido sus dudas. Ahora, no parecía ya mantener ninguna. El anuncio le había convencido. «Love, Incorporated», esperaba a sus clientes. Y éstos podían elegir allí su esposa.

Cerró el visor tridimensional y se incorporó, con un suspiro. Se había entretenido enterándose de las noticias del día, y ahora tendría que ir muy deprisa al trabajo. No quería llegar tarde, porque después no podría solicitar permiso para acudir a la «Love, Inc.».

Mientras descendía en la plataforma elevadora hacia el Nivel Uno de la ciudad, Bolky pensaba que un hombre tenía que casarse siempre, tarde o temprano, y que la boda había de celebrarse, forzosamente, a través de Agencias como la «Love, Inc.», en una época en la que, prácticamente, no se disponía de tiempo ni ocasión propicia para conocer a una chica y proponerle el matrimonio.

Bolky se paró, disgustado, a la salida de la Residencia Colectiva 7822 en la que habitaba con otros centenares de personas de Metrópoli Seis.

—¡Oh, no! —musitó, contrariado, contemplando a la persona que venía en sentido contrario al suyo, por una de las bandas deslizantes de la acera, a lo largo de la Avenida 1150.

No deseaba ver a nadie. Y el que venía ahora era un amigo. Para Bolky, los amigos eran molestos y engorrosos las más de las veces; especialmente, si esos amigos tenían ideas raras, tales como escribir libros y crónicas.

¡Libros y crónicas! Casi le daba risa pensar en ello. En una época en que la letra impresa no significaba nada o casi nada, aún existían locos como Alec, pensando en crear obras maestras con la sola ayuda de sus electromáquinas. E incluso de sus plumas. Porque, aunque pareciese algo cómico, un anacronismo absurdo e incomprensible, aún había gente empeñada en conservar aquellas extrañas reliquias de más de mil años atrás, llamadas «plumas»…

No le sorprendería saber que el propio Alec Adam conservaba uno de esos raros y vetustos artefactos capaces de trazar letra escrita, igual que un «mentógrafo» vulgar o un «electrotranscriptor». Con la ventaja de que éstos escribían conceptos, palabras e incluso párrafos, con mucha más celeridad y perfección, expresando con su sensibilidad electrónica todo lo que la mente de un hombre podía idear.

«No, no me gustaría perder tiempo con ese tonto de Alec», se dijo Bolky, intentando apresurar el paso, para alcanzar la banda magnética opuesta y deslizarse en sentido contrario hacia lo alto de la avenida.

Pero no lo logró. Alec era muy astuto y muy rápido, y adivinó sus intenciones. Pero a pesar de ello no se sintió ofendido; al contrario, saltó limpiamente de su banda magnética, para situarse ante él y extender su mano con un saludo lleno de cordialidad, de entusiasmo y de simpatía:

—¡Eh, Bolky, amigo! —exclamó, sonriente—. ¡Estaba deseando verte de nuevo, muchacho!

Bolky sonrió, mascullando un saludo, No era hipócrita. Quizá por eso no tuvo el suficiente valor para responder a Alec que él también deseaba algo así. En lugar de ello, tras la forzada salutación, se dispuso a oír lo que su visitante tuviera que decirle.

Alec no parecía tener prisa. Cosa rara en medio del torbellino de rapidez organizada, mecánica y precisa de la vida actual en Metrópoli Seis o en cualquier otra gran ciudad.

Parado ante él, daba la sensación de un tipo desocupado y sin prisas, dos cosas imposibles, incluso para un hombre como Alec Adam. Por ello Bolky se sorprendía ante la falta de nervios de aquel hombre, joven y arrogante, que le sonreía con auténtica cordialidad, cerrándole toda salida al exterior.

—Bueno, Alec, me alegra verte —comentó al fin—. Pero sabrás que tengo que ir al trabajo. Cuento con escasos minutos para volver a mi tarea, y no puedo perderlos en…

—No los perderás —rió Alec suavemente—. Ven. Tengo un turbovía.

—¿Un turbovía? —Parpadeó Bolky estupefacto—. ¡No me digas que eres capaz de tener algo así, dedicándote a lo que te dedicas!

—Bueno, yo también trabajo —rió Alec—. Todos trabajamos,

¿no? Por eso creo que podemos tener un turbovía…

—Con nuestro trabajo reglamentario, no —negó Bolky—. Yo trabajo las horas de reglamento. Yo vivo, y dispongo de medios para llevar una existencia cómoda y confortable. Buena comida, buen alojamiento, una esposa cuando resuelva casarme, financiada por Bonos del Gran Centro Sindicado… en fin, todo lo que tú sabes, Alec. Pero turbovías… Sé de muchos que lo tienen, claro. Son dirigentes o personas de doble trabajo; trabajo especializado, se entiende. Es un lujo que se pueden permitir muy pocos. No es como el automóvil de hace diez siglos, Alec.

—Claro que no. —Alec Adam se encogió de hombros burlonamente—. Pero yo hago el «doble trabajo» legal que se exige a todo poseedor de artículos de lujo. Ven, mi turbovía espera allá. Te llevaré al trabajo en menos de cinco minutos. Y podremos perder otros cinco en charlar amistosamente en cualquier sitio.

—Alec, yo nunca me detengo en ningún sitio a… a charlar. ¡Es absurdo!

—No lo haces porque siempre sales con el tiempo justo. Pero hoy te sobrarán esos cinco minutos. Conozco un lugar en el Nivel Tres. Un sitio donde sirven buen café y se puede charlar…

—¿Café? —Enarcó Bolky las cejas.

—Sí, una bebida deliciosa que muchos han olvidado ya. Data de hace bastantes siglos, y entonces la gente disponía de tiempo para ingerirla.

—Y tú… tú, con doble tarea legal… ¿dispones de… de tiempo para tomar café, para charlar y todo eso? —se asombró Bolky parpadeando.

—Ya lo ves —rió Alec, tomándole por un brazo—. Ven y lo comprobarás. Una persona puede trabajar dieciséis horas, emplear una en comer y cenar… y dormir seis. Le sobra una hora. Una sola, Bolky: la que yo utilizo en divertirme, en charlar, en pasear… o simplemente en soñar. ¿Sorprendente?

—No. Increíble.

—Lo suponía —meneó la rubia cabeza, pensativo—. Es lo que dicen todos. Hay quien sufre un sobresalto cuando me ve pasear sin prisas por cualquier sitio… Un día, me detuvo una Patrulla Urbana.

—Diablo. ¿Y qué te pasó?

—Nada.

—Pero… está prohibido pasear a horas de trabajo. Virtualmente, todo paseante puede ser detenido por desocupado…

—Claro. Es lo que me dijo la Patrulla Urbana. Yo me reí. No podían detenerme por pasear, puesto que hago un doble trabajo, autorizado por la Ley. Si me privo de una hora de sueño, soy dueño de hacerlo.

—No creo, Alec. El Control de Trabajo especifica que todo ciudadano debe dormir para rendir en su trabajo de acuerdo con lo exigido, o será procesado por restar tiempo al descanso.

—Es cierto —rió Alec—. Me plantaron esa ley ante las narices. Yo les remití a mis fichas e informes profesionales. En ambos trabajos tengo igual calificación diaria durante años: «Excelente rendimiento. Perfecta labor sin merma». No me podían condenar por dormir una hora menos, si demostraba que con seis le bastan a mi organismo para recuperar fuerzas. Y tuvieron que soltarme. Desde entonces, paseo a placer. Nadie me arresta por ello, Bolky.

—No sé cómo puedes hacerlo —parpadeó su amigo—. Eres un tipo fantástico, Alec.

Habían llegado a un estacionamiento aéreo, donde se alineaban varios turbovías. Alec se acercó a uno de carrocería color rojonegro, y forma oval, bruñida y centelleante. Abrió la capota plástica transparente. Invitó a entrar a Bolky, que obedeció con extrañeza y cierta sensación de envidia.

—Ah, es magnífico vivir así —comentó, retrepándose en el cómodo y esponjoso asiento del turbovía, inmediato al de conducción que utilizaba Alec, ante el volante del vehículo—. ¡Quién pudiera hacer igual, Alec!

—Una vez te reíste de mis aficiones de escritor —comentó Alec —. Si en lugar de eso hubieses intentado escribir tú también, ahora tendrías un vehículo como éste.

—¡Cielos! ¡No me digas que emborronando pliegos, como se hacía mil años atrás…!

—Justamente, así pueden alcanzarse ciertos privilegios —le interrumpió, poniendo el vehículo en marcha—; incluso el de soñar sin tener que estar dormido. Algo que cada vez parece más difícil en nuestra perfecta, aséptica y reglamentada sociedad actual, amigo mío.

Bolky no comentó nada. Aludir con ironías a la sociedad del

momento entraba dentro de los delitos castigados con más severidad. Ante su silencio, Alec soltó una risa.

—No te preocupes —comentó, sarcástico—. No hay micrófonos ocultos en mi vehículo. Nadie va a oír lo que digamos, Bolky.

—Bueno, a pesar de todo, no me gusta hablar de esas cosas. ¿Me entiendes?

—Sí, claro. —Alec rió brevemente otra vez—. El perfecto burócrata, en un mundo de helada burocracia, Bolky. Eso eres tú.

—Si vamos a hablar de todo esto, Alec, será mejor que pares y bajaré a…

—De acuerdo, no hablaremos de eso —cortó Alec, severo—. Perdona si ofendo tu conciencia de burgués apacible y tranquilo, de hombre adaptado a su vida y feliz con lo que le rodea. Perdona, Bolky… ¿Vas ahora al Centro?

—Sí, claro. Entro a trabajar a las dos. Y no debo llegar tarde.

—Las dos… —Alec miró de soslayo el gran reloj eléctrico de la Torre, al pasar el turbovía sobre la banda metálica, deslizándose a gran altura sobre las vías rectilíneas y perfectamente urbanizadas de Metrópolis Seis—. Dispones de nueve minutos. En tres, llegaremos sobradamente. Puedes emplear cinco en charlar y tomar café conmigo. Y aún te sobrará un minuto.

—No, Alec, yo preferiría que…

—¿Por qué no te callas por una vez, y prestas atención a lo que digo? —Se irritó Alec Adam.

—Está bien, habla —suspiró Bolky—. Tomemos café, si ése es tu gusto. Pero estoy seguro de que me aburriré.

—Te aburrirás. —Alec habló casi despectivo—. Y accedes rápidamente a lo que te pido, sólo porque me he enfadado un poco. Así sois todos: cobardes, aburridos, rutinarios. ¡Bendito mundo éste en que vivimos, Bolky!

—¿Me… me insultas también?

—Claro que no. No valdría la pena hacerlo, Adam, tú no eres el culpable de que ocurra todo esto. Sólo los locos van contra la corriente cuando ésta es demasiado fuerte.

—Entonces, Alec, tú eres un loco —dijo tímidamente Bolky, tragando saliva.

—Claro. Hacen falta locos, Bolky. Estamos muriéndonos por exceso de cordura, de serenidad, de cerebro. ¡Cerebro! Nos domina

ya tanto el cerebro, que ni siquiera nos queda tiempo ni valor para dejar que hable el corazón, el espíritu, lo que sea. Incluso retenemos a nuestro cuerpo y evitamos fortalecerlo. ¿Sabes lo que vamos a lograr? ¡Generaciones y generaciones de especies raquíticas, de seres deformes, de gran cráneo y cuerpo enclenque! ¡Eso es lo que estamos haciendo desde que nos hemos convertido en algo perfecto, que funciona con la regularidad y seguridad de una máquina!

—Alec, todo eso es subversivo y terrible. Si te oyen por ahí te recluirán en un centro hipnótico. Y a mí también por escucharte. Alec, por favor, para este vehículo y déjame marchar al trabajo. No quiero tu café ni tu charla; no quiero saber nada de nuevas ni viejas ideas rebeldes. Vivo a gusto, vivo con tranquilidad. ¿Para qué quiero complicarme la existencia con tus inquietudes y tus extrañas ideas, tan peligrosas?

Alec no contestó de momento. Seguía conduciendo con velocidad sobre las vías monorraíles por las que circulaba a gran altura el vehículo espacial, girando y enroscándose alrededor de las altas torres de metal y vitroplast, de cemento y de materias plásticas de construcción, que formaban la Metrópoli Seis, una de las primeras del mundo.

—Por favor —insistió, suplicante, Bolky—, hoy es un día especial. No quiero llegar tarde, ni correr riesgos de ninguna especie, Alec.

—¿Especial? ¿En qué es especial este día para un burócrata perfecto? —se mofó Alec, con tono marcadamente sarcástico.

—Es que quiero ir a una agencia. Voy a elegir esposa, Alec.

—¡Esposa! —La voz de Alec tenía un matiz despectivo—. Entiendo. Vas a crear un hogar.

—Sí.

—Siguiendo un anuncio de la «estereovisión».

—Sí, claro.

—Mi pobre amigo… —Meneó la cabeza, resentido—. Lo siento de veras. Lo siento por ti, Bolky.

—¿Tan malo es casarse? —Bolky rió, forzadamente—. Lo que te ocurre es que eres un solterón empedernido, un tipo solitario que no desea ligarse a nadie.

—Tal vez sea eso —repuso Alec encogiéndose de hombros, con expresión de intensa duda—. Tal vez, pero no lo creo, Bolky.

—¿Qué será, entonces?

—Rebeldía. Rebeldía ente muchas cosas, amigo mío. Y la esposa de hoy es uno de los motivos que incitan a ello. Quizás alguna vez lo entiendas, cuando te hayas casado con la chica que la agencia te proporcione.

Frenó el vehículo lentamente. Estaban en una elevación de la Plataforma del Nivel Tres, y se veía un pequeño local, bastante desierto. Alec lo señaló, y su amigo lo contempló con curiosidad.

—Ahí es, Bolky —informó—. Sirven muy buen café. ¿De veras no quieres probarlo?

—De veras, no —negó Bolky, despacio.

—Está bien —suspiró Alec—. Vete a tu trabajo, máquina. Yo me quedo. Siempre me detengo aquí a saborear ese café y a pensar que otro mundo muy distinto me rodea, más allá de los ventanales y de la entrada.

—¿Qué clase de mundo?

—Y yo ¿qué sé? —se exasperó Alec—. Otro. Diferente a este que conocemos. Yo nunca conocí otro, pero presiento que ha de haberlo. Tuvo que haberlo alguna vez, Bolky. Las cosas no pudieron ser siempre como ahora. No, no se podría soportar. El hombre…, bueno, el hombre no puede ser una máquina. Eso empezó hace unos siglos. Dicen que allá por el veinte. Diez siglos de maquinismo son demasiados. Pero forman un período concreto. Tal vez todo lo que el hombre puede soportar. Se volverá a otro tiempo, a otra época.

—¿A cuál?

—Tampoco lo sé —suspiró Alec—. Ni me importa; me bastará conque sea otra. Eso significará ya que es distinta. Y todo lo que venga, siendo distinto, no puede ser peor que esto, Bolky. Bien, dejemos eso. ¿Aceptas el café?

—No, Alec, no. Gracias. Voy al trabajo. Y luego a la agencia. A elegir esposa.

—Muy bien. Suerte en la elección, Bolky. El matrimonio te hará un poco más burócrata y un poco más conformista. Pero no te preocupes. No se te notará.

Rió agriamente mientras abría la portezuela. Bolky salió, apático. Detuvo poco después un magnetotubo, y se lanzó a Niveles inferiores, en busca de las avenidas rectas, geométricas y frías. En busca del trabajo, de las horas implacables.

Alec meneó la cabeza viéndole desaparecer. Era como si la urbe se lo tragase.

«Cuando éramos compañeros de estudios en el instituto —se dijo, caminando despacio hacia el pequeño establecimiento desierto—, pensaba, como yo, en que muchas cosas andaban mal en nuestra perfecta sociedad. Creí de veras que sería alguien en el futuro. ¡Oh, Dios, lo que puede hacer una vida rutinaria en el espíritu de un hombre inteligente e inquieto!».

Cuando entró y pidió su café, tuvo la extraña y vaga sensación de que sólo él respiraba en el mundo, de que sólo él sabía aún que el cielo era azul, que existían pájaros y vegetación en la tierra, que el cemento, el asfalto, los plásticos y los metales no formaban el todo de la Naturaleza.

No. Aún existía café aromático. Aún se veía el azul, pese a las redes interurbanas de aerocohetes y pese a las estelas de las naves siderales de línea regular. Aún quedaban algunas cosas de un pasado muerto. Pero cada vez menos…

Y cada vez más débiles y vacías de sentido para la Humanidad.

Cuando alzó su taza de café para tomar un sorbo, lo hizo casi en un brindis con alguien inexistente.

—Por ti, Bolky —recitó, sombrío, dirigiéndose al vacío—. Por ti, y por tu boda. ¡Tu boda!

Soltó una risa agria, sarcástica, casi dolorosa. Tomó un sorbo de café. Aunque le gustaba sin azúcar, y siempre lo tomaba así, esta vez la infusión le pareció más amarga que nunca.

CAPÍTULO II

LA ESPOSA



ra allí.

«Love Incorporated». Las letras doradas centelleaban sobre un fondo luminescente de corazones parpadeantes. Un rótulo señalaba que una hora más tarde se cerraría el establecimiento.

Bolky sabía que esa hora especial era para los que, como él, trabajaban en Centros estatales, y se debían a un horario rígido. Al salir del mismo podían visitar las Agencias Matrimoniales para escoger esposa.

Vio salir a un hombre con una hermosa rubia llena de opulencias turbadoras. Se besaban, y él entallaba su cintura con brazo firme. Les vio subir a un turbovía particular y alejarse. Sus cabezas estaban muy unidas. Imaginó que los labios también.

Sonrió, meneando la cabeza. El amor… Contra lo que dijera su amigo, todavía entre hombre y mujer existía ese algo indefinible

que era el amor, la pasión, la mutua atracción que hacía posible la supervivencia en el mundo.

No, no todo era tan frío y tan mecánico como Alec Adam, el eterno descontento, pretendía sugerir. El viejo mundo todavía era el mundo; al menos, para hombres y mujeres. ¿Qué importaba la forma de conocerse, el medio de entrar en contacto? Años, siglos atrás, el hombre podía perder el tiempo en noviazgos, paseos y todo eso, con la chica que luego iba a ser su mujer. Pero ahora, en el siglo XXX, las cosas no podían ser igual. El hombre carecía de tiempo para perderlo. Y entonces la perfecta organización social de su época le proporcionaba la facilidad de poder ver una serie de chicas, de tipos, de bellezas, y elegir la más idónea para uno. La Agencia cobraba su porcentaje, y la chica pasaba a ser su esposa legal. Todo justo, preciso, rápido y eficaz.

«Alec nunca será un tipo con sentido práctico —se lamentó Bolky, cruzando la puerta deslizante de la Agencia *Love Incorporated* —. Lo siento por él. Vive desplazado en el mundo y, lo que es peor, un día se tropezará con serios problemas por su rebeldía. Incluso puede ser enviado a un Centro Hipnótico, como delincuente en potencia. ¡Pobre Alec!».

Resueltamente, cruzó la antesala sobre la banda magnética en movimiento, eligiendo el paso que un letrero luminoso señalaba con música nupcial:

ELIJA A SU FUTURA ESPOSA.

AME Y POSEA A LA MUJER IDEAL, AMIGO.

* * *

El anuncio tenía su parte de razón.

Bolky perdió el aliento al verse ante la hilera de mujeres esplendorosas, alineadas como maniquíes tras el visor de cristal iluminado sabiamente para realzar sus encantos, la gracia de sus siluetas, el color de su cabello, desde el largo y ondulado negro, hasta el corto y gracioso rubio platinado, pasando por todas las medidas y colores en una gama completísima. Igualmente había allí toda clase de tipos idealizados o soñados por el hombre, desde la

más estilizada a la más opulenta, desde la exuberancia insultante hasta la fragilidad de una menuda muchacha ingenua y dulce.

Love Incorporated, ciertamente, poseía un vasto catálogo de femeninas bellezas, una impresionante lista de adorables criaturas para elegir. Bolky vaciló, inseguro sobre su preferencia en ese terreno. Se hubiera quedado con todas, pero un harén era algo que había desaparecido en la noche de los siglos, incluso en los pueblos árabes, ahora unificados bajo sistemas de gobiernos similares a los demás pueblos de la Tierra.

Por fin, Bolky se dijo que siempre le había gustado una muchacha rubia, de ojos azules, expresión suave y figura esbelta, bien formada, sin estridencias.

Rehuyó su mirada la fácil tentación de ciertas curvas insultantes y agresivas de algunas bellezas salvajes, para fijarse al fin en una criatura deliciosa, encantadora, de cabello dorado, ojos celestes y figura suave, que su breve atavío translúcido exhibía nítidamente.

Sólo dos cosas deshumanizaban aquella exhibición pasmosa de bellezas femeninas: el precio luminescente, colgado de sus cuellos, según el «ejemplar», y el hecho de que las figuras fueran simples reproducciones en plástico, de sorprendente perfección, inanimados maniquíes de casi increíble fidelidad con la humana figura a la que representaban.

Aparte eso, hubieran podido pasar por seres vivientes de carne y huesos, mostrados en un escaparate para el mejor postor.

—¿Ha elegido ya su mujer favorita, señor?

Bolky miró a su alrededor. Estaba solo en la cámara, frente a la iluminada vitrina. La voz llegó por un amplificador disimulado en algún lugar del muro, y tenía algo de mecánica. Sin duda, era una simple reproducción magnetofónica, habitual para la clientela.

—S… sí —asintió él, vacilante—. Ya elegí…

Extrajo su tarjeta del Centro, con el sello del Sindicato. Una tarjeta de crédito, por valor de cincuenta mil unidades de moneda. Eran varias las que mostraban aquel precio sobre su cuello, colgando de una cadenita de color el rótulo luminiscente.

Otras valían menos; y algunas mucho más.

La rubia de los ojos azules valía exactamente eso: cincuenta mil. Era la totalidad de su dinero del Seguro Personal, acumulado en varios años de trabajo. Cuando uno cumplía el número de años

previsto, el Centro le entregaba la tarjeta de crédito con lo reunido, por si quería elegir esposa.

—Quiero ésa —señaló hacia la rubia de ojos azules.

—Número, por favor —pidió la voz impersonal del amplificador —. Señale el número de catálogo.

Bolky sentíase violento. «Número de catálogo». Resultaba un término desafortunado para señalar a una mujer. Pero así eran las normas. Escudriñó a los pies del maniquí perfecto, copia exacta de una mujer real. Vio el número rojo, parpadeante, sobre el soporte de cristal:

179 223.

—Ciento setenta y nueve, dos, veintitrés —recitó, cohibido.

—Bien. Salga ya —la voz continuaba siendo mecánica y fría—. Su elegida se reunirá con usted en la Cámara Azul, dentro de unos minutos. Espere allí, después de entregar su tarjeta de Crédito en la ventanilla correspondiente. Siga la señal luminosa, por favor.

La siguió. Era una flecha azul en el muro. Pasó a un corredor que terminaba en una taquilla. Entregó la tarjeta y recitó el número. Se quedaron con su tarjeta y le dieron otra rosada, de celofán, con la cifra señalada. Pasó a una cámara reducida, tapizada en azul y decorada con motivos románticos. Una melodía suave, tenue, brotaba de varios puntos a la vez. Una gran pecera iluminada mostraba pececillos de radiantes colores.

Esperó. No mucho. Por fin, salió «ella».

Era exacta a la del escaparate. Su misma faz, su cuerpo idéntico, sus formas, su sonrisa, su ingenuidad en los ojos azules. Vestía un traje nuevo, color esmeralda, de breve faldita sobre los muslos bien torneados.

—Hola, querido —saludó al aparecer—. ¿Cuál es tu nombre?

—Bolky. Ric Bolky. ¿Y el tuyo?

—Jana. Jana Bolky, en cuanto nos casen en la salita, amor mío.

Se acercó a él. Le rodeó con sus brazos desnudos y besó su boca. No parecía avergonzarse en absoluto por ello. Bolky se sintió cohibido y apenas la besó.

—Vamos —pidió él, tomándola del brazo—. Nos casaremos a la salida, sí. Te he elegido como esposa. Eres muy bella.

—Gracias, Ric. Espero hacerte feliz y servirte como desees.

Otro pasillo, con música nupcial en el aire, les llevó a un estrado

metálico, donde un severo juez, sin una sonrisa, les casó de forma rutinaria, casi maquinal.

—Felicidades —les deseó, estrechando sus manos con las suyas, largas, fláccidas y viscosas, que un sudor frío hacía repelentes—. Felicidades, muchachos.

Ric, algo desalentado por la ceremonia, siguió adelante. Jana le besó de nuevo, y él respondió algo menos cohibido que antes. A pesar de ello, le pareció un beso frío. Como si el ambiente de la *Love Incorporated* lograra también deshumanizar a sus clientes.

No quiso pensar en Adam, en algo que había dicho poco antes, aquel mismo día:

«Casarte… Mi pobre amigo, lo siento de veras. Lo siento por ti».

Miró de soslayo a su rubia y bella esposa, que sonreía jovialmente, colgada de su brazo. ¿Por qué había de sentirlo aquel tonto de Alec Adam? La ceremonia, la elección de novia, todos los trámites que rodeaban el acto matrimonial podían ser fríos, mecánicos, pero ella no lo era. Era bonita, era una muchacha encantadora… y ya era su esposa. Eso lo compensaba todo Absolutamente todo.

—Vamos —murmuró, contemplando el cielo del atardecer sobre sus cabezas. En la gran urbe, miles y miles de luces comenzaban a parpadear, salpicando sus avenidas, sus torres, sus rutas aéreas, sus Niveles y viviendas colectivas—. ¡Vamos, Jana, a casa! Estarás deseando hacerte cargo de tu nuevo hogar, ¿verdad, querida?

—Sí, amor mío —sonrió ella.

—Había pensado que esta noche, por ser la de nuestra boda, cenáramos opíparamente en algún restaurante.

—¿Restaurante? Oh, no —negó ella con firmeza, mirándole entre sorprendida y reprobadora—. Es un gasto inútil. Sabes que la ley castiga los gastos inútiles de las familias modestas.

—Y ¿qué puede importar la ley en un día así? —se sorprendió Bolky.

—Cuidado, amorcito —le reprendió ella, con una suave risa—. No digas eso nunca. La ley lo es todo. Nos debemos a ella en todo momento. Nunca repitas esa palabra, mi amor. Nunca…

Y riendo luego suavemente, ante el desconcierto de Bolky, emprendió alegre marcha, sin soltar el brazo de su flamante esposo.

* * *

Bolky se echó atrás y exhaló un suspiro. Miró fijamente a Jana.

—Asombrosa —dijo—. Eres realmente asombrosa.

Ella soltó una risa agradable, musical. Abrió mucho sus azules ojos, estudiándole con interés.

—¿Por qué, querido? —deseó saber.

—Eres, eres una criatura admirable en todos los sentidos —comentó Bolky, entusiasmado irguiéndose en el confortable asiento esponjoso. Ni siquiera se había acordado de conectar el «estereovisor»—. No sólo llegas a casa y te pones a cocinar, sino que lo haces admirablemente… y luego recoges la mesa, limpias las cosas y pones en orden la casa en unos minutos. ¿Todo eso te lo enseñaron a hacer en la Agencia, para convertirte en una buena esposa cuando te casaras?

—Sí; forma parte de la instrucción que recibimos —respondió ella guiñándole un ojo y sentándose a su lado. Flexionó las bellas piernas junto a las de su marido—. ¿Vemos un poco el «estereovisor»?

Y sin esperar su asentimiento lo conectó pulsando un botón del brazo del asiento. Se iluminó la pantalla. Un rostro familiar apareció en ella.

Un rostro durísimo, de facciones casi talladas en acero, bajo el cabello muy rubio, casi albino, nariz afilada, boca firme y mandíbula de estatua de bronce. Una voz persuasiva, profunda, envolvente, emergió del aparato:

—… Y recordad, ciudadanos todos, que en vuestros votos debéis elegir en todo momento al hombre capaz de gobernar vuestro mundo, todo vuestro planeta; al hombre capacitado para seguir haciendo confortable vuestra vida, capaz de mantener el orden y la tranquilidad a que os hace acreedor vuestro trabajo y que os garantice un porvenir seguro, sin miserias ni padecimientos, sin enfermedades ni estrecheces. Pensad todos que yo, vuestro presidente, sólo lo soy por vocación, por auténtico amor a vosotros y al mundo entero, que deberé regentar durante otros diez años, si decidís que el próximo mes me vea elevado de nuevo a la Suprema Presidencia Mundial, por vuestro sufragio, por vuestra elección irrevocable y firme…

—Bah… —Bostezó Ric Bolky, aburrido—. Discursos. El presidente habla. Cierra eso. Es propaganda electoral, Jana. Nada que nos interese.

—¡Ric! —exclamó ella volviéndose sorprendida y estudiándole con ojos fijos y brillantes—. ¡No hables así! Eres un ciudadano que trabaja y que vive dignamente. Se lo debes a él, como todos nosotros. No puedes ofenderle.

—Pero, Jana, si no le ofendo. Sólo digo que no nos interesa la política. Siempre hará falta un presidente. Y siempre hará falta trabajar para vivir. Es lo que cuenta para mí. Eres mi esposa, y puedo decírtelo a ti, aunque no lo repita en público, por si alguien me escucha. Sabes lo que se persigue la rebeldía de pensamiento, aun en sus formas menos concretas…

—Sé que se persigue la rebeldía, sea cual sea —manifestó Jana secamente—. Escucha al presidente, querido, como le escucho yo. Y no vuelvas a hablar así. Soy tu esposa y estoy obligada a serte leal, a amarte y respetarte. Pero también lo estoy *a denunciarte a la tercera ocasión* en que muestres rebeldía de ideas. Es la ley.

—¡Jana! —Rió Bolky miró a su esposa incrédulamente—. No hablarás en serio, ¿verdad?

—No te arriesgues a probarlo, querido —replicó ella con energía, sin desviar sus ojos de él—. No lo hagas. Sería fatal.

Aturdido, Bolky empezó a asimilar la horrible idea de que, prácticamente, al casarse había metido en su casa, en lo más íntimo de su vida, a un espía al servicio de la Justicia Política y del Pensamiento.

—Jana, no pueden haberte «formado» hasta ese punto, haciendo de ti una autómata, un ser mecánico que cumple órdenes a rajatabla, hunda a quien hunda —jadeó convulso, desilusionado.

—Sigues cometiendo errores, Ric. Estás diciendo cosas que pueden comprometerte si llegase a conocimiento de la Célula Especial del Pensamiento.

Ric se estremeció. Evocó a su amigo Alec, al soñador que escribía y que desafiaba las pequeñas reglas obligatorias de la vida humana en el año 3000, pero siempre a cubierto de toda acción legal contra él.

Alec había dicho cosas tremendas aquella tarde. Y, al parecer, más razonables de lo que él mismo creyera. Miró y oyó al

presidente, en la pantalla tridimensional del televisor en colores, casi sin advertir lo que veía y oía.

—… y recordad todos, hermanos míos en este mundo que presido en el más alto puesto, que si me elegís de nuevo, esta vida de prosperidad, de perfección social y de legislación justa, continuará, para bien de todos los que…

Ric hizo algo sorprendente. Incluso cogió desprevenida a Jana, que se incorporó vivamente al verle avanzar hacia el televisor mural, de gran pantalla. Le gritó a su espalda intuyendo lo que iba a hacer:

—¡No! ¡Eso no, Ric…! ¡No lo hagas!

Pero Bolky lo hizo. Hizo lo que jamás se hubiera atrevido a hacer antes, lo que le hubiera parecido una atrocidad, realizado por Alec o por alguien parecido a él.

De un violento puñetazo, destrozó la pantalla de vidrio, que se hizo añicos en el muro, fundiéndose con un chispazo azul y una sacudida eléctrica la imagen en color y relieve del Presidente Mundial.

Se hizo el silencio, y tras el chispazo las luces se apagaron, quizá por un cortocircuito o contacto provocado por el choque en la pantalla. Bolky se miró los nudillos ensangrentados, jadeando con furia. Sólo la claridad exterior y la luz de emergencia del muro, accionada por fluido o gas luminoso encerrado en una esfera de vidrio que actuaba automáticamente al apagarse las luces eléctricas, mostró a Bolky la inmovilidad rígida y silenciosa de su mujer, y las gotas de sangre cayendo de su mano al suelo alfombrado.

—Jana, lo siento —manifestó roncamente él, inclinando La cabeza—. Creo que he perdido el control de mis nervios. Nunca me había sucedido hasta ahora.

Ella no respondió ni se movió. Acercándose a ella, Bolky continuó:

—Jana, di algo, haz algo…, aunque sea denunciarme a la Justicia del Pensamiento. Ya todo me tiene sin cuidado, si tú me traicionas y me vendes.

Alzó la mirada hacia ella. Le impresionó su quietud, su rigidez, allí en pie junto a él, tan quieta e inerte como el maniquí que viera en la Agencia de Matrimonios.

—Jana, yo… —Y trató de hablarle, de moverla, de aferrar su

brazo, de sacarla de su quietud.

Entonces, lleno de horror, descubrió la rigidez de su rostro, la quietud vidriosa de sus ojos, la extraña flaccidez de su brazo, repentinamente frío y caído.

Captó la señal, una quemadura en su sien derecha, y el chisporroteo de algo azulado, a través del orificio que tenía en la sien, como el agujero de una bala.

Convulso, helado por el terrible descubrimiento, retrocedió, agitando ante sí una mano trémula, convulsa.

—No…, no puede ser… —jadeó—. La cabeza está hueca… y algo despide chispas en su interior… El cortocircuito la ha… inmovilizado porque…, ¡porque Jana es un autómata, un hermoso maniquí electrónico, no una mujer!

CAPÍTULO III

¡REBELDÍA!

a empujó, angustiado.

La que creyera un ser de carne y hueso, una bella criatura rubia de ojos azules, y que en realidad era solamente una reproducción humana en plástico, tan perfecta como insensible, tan peligrosa como maquinal, movida por un cerebro electrónico «adaptado» a las leyes de la sociedad del momento, se derrumbó rígida sobre el asiento, y de allí rodó a la alfombra, donde se quedó tendida, con el alucinante chisporroteo zumbando dentro del cráneo artificial.

Con un último grito de angustia y de furia impotente, Ric Bolky abandonó su alojamiento, en la Residencia Colectiva 7822, de la Avenida 1150.

Sin importarle la hora ni el peligro de las Patrullas Urbanas que podían exigirle la retirada a su domicilio, o arrestarle bajo la acusación de «restar tiempo al descanso personal del trabajador», se

lanzó por las rampas magnéticas en movimiento.

Estaba ya abajo, en el Nivel Uno, corriendo por las casi desiertas avenidas, entre los gigantescos y frígidos bloques de cemento y plástico, cuando la luz volvió automáticamente a su apartamiento, reparada por sí misma la avería. Seguramente la del hermoso «robot» que era Jana, su esposa-maniquí, se reparase también por sí misma, pero eso ya no le importaba nada a Bolky. No hubiese continuado allí un momento más. No hubiese podido soportar ni un segundo la proximidad de una mujer que no era tal, sino un abominable monstruo electrónico, creado con una falsa apariencia de belleza humana, para engañar, para controlar, dominar y delatar, llegado el caso, al hombre unido a ella en aquella farsa mecanizada de las Agencias matrimoniales autorizadas por el Sistema.

Bolky corría como un loco, convertido súbitamente, por obra y gracia de un impacto emocional terrible, en un rebelde más. Un burócrata mecanizado y frío, un hombre más en una sociedad helada e impersonal, se convertía de repente en un ser aterrorizado, débil y vacilante, que buscaba algo en la noche. No sabía siquiera el qué. Quizá la muerte que, a fin de cuentas, siempre sería una liberación.

Había empezado a sentirse atraído por Jana, justamente poco antes de descubrir la horrible naturaleza mecánica de la que suponía iba a ser su amante y dulce esposa.

Pero ¿era solamente él la persona engañada? ¿Había otras esposas, quizá miles de ellas, que no eran tales? ¿Alguna de las mujeres que en su vecindad había visto, unidas por el mismo sistema matrimonial a sus vecinos de la Residencia Colectiva, eran por ejemplo autómatas de apariencia perfecta, repletos de mecanismos y circuitos electrónicos en su interior?

¿Por qué? ¿Por qué todo aquello? ¿Por qué aquella farsa espeluznante y atroz, que él había descubierto por un simple accidente, como era el cortocircuito del «estereovisor»?

Su recorrido por las calles silenciosas y desiertas, iluminadas crudamente de un azul frío, artificioso y desangelado, carecía de objeto al principio. Luego, lentamente, redujo la carrera, dejó de taconear sobre el gris del asfalto ciudadano, y se paró cerca de uno de los numerosos jardines de cultivo artificial, sobre los que las

lámparas solares de energía concentrada por absorbentes de luz solar ayudaban al cultivo de flores y plantas decorativas, en un intento de embellecer con dones naturales el artificio rectilíneo y geométrico de las urbes modernas.

Reflexionó, tratando de ser el hombre normal, sereno y apacible que fuera siempre hasta aquel momento. Intentó hallar una salida, al parecer imposible e inexistente, para su pavoroso problema actual, algo que pudiera evitar el derrumbamiento de su última ilusión como ente humano, con vida, inteligencia y sensibilidad propias.

Había soñado con una esposa, con un hogar, con una compañera perfecta, a la que no podría amar en principio, por las normas actuales del Sistema, pero pensaba que le sería posible conseguirlo con un poco de esfuerzo, puesto que ambicionaba algo de calor en su vida privada.

Ese último castillo de naipes se había derrumbado. Ahora era un hombre vacío en un mundo que le resultaba hostil, duro e inanimado. En su hogar le esperaba un muñeco, una mujer artificial, creada por los diseñadores que alimentaban las Agencias matrimoniales. Bonitos maniquíes plásticos en venta. La imitación perfecta de la vida humana, de la criatura de Dios. ¿Perfecta? No, no del todo. Por algo le habían parecido fríos sus besos, sus contactos todos. Lo atribuyó a falta de amor. Ahora sabía ya que no era eso.

Su detención junto a los jardines de cultivo artificial duró poco. Continuó adelante. Se ocultó en una esquina, fundiéndose casi con los setos, para no ser descubierto por la nave ovalada de patrulla de policía.

Su ululante silbido se perdió en la distancia, y el chorro de luz de su foco de proa bañó las calles sin alcanzar la agazapada silueta de Ric Bolky. Éste continuó la marcha.

Deseó de todo corazón que en una ciudad inmensa como aquélla, con sus decenas de millones de habitantes y sus cientos de distritos y sus diferentes Niveles, le fuera posible dar con la persona a quien buscaba, con el único amigo que, en el momento mismo de su tremendo fracaso humano, contaba de verdad para él.

Sólo tenía una esperanza: la de que Alec Adam, el soñador, el hombre que aún pensaba en escribir y en decir las verdades a todo

el mundo, desafiando muchas de las implacables normas establecidas por la política actual, su amigo Alec Adam, en suma, estuviese en su rincón olvidado y bohemio, donde servían aquella infusión que tanto le gustaba, aquel café del que se sentía enamorado, en una época en la que la gente jamás perdía un solo minuto de su tiempo cronometrado, medido hasta la tiranía misma.

—Alec, amigo —jadeó, caminando por las vías urbanas, solitarias e interminables, huecas y silentes—. Alec, ¿dónde estás ahora?

Naturalmente, en la ciudad hermética y glacial, nadie le respondió. Nadie, salvo el eco de su voz, perdiéndose en las esquinas, en los bloques de viviendas y en las rectas interminables de las avenidas desoladas.

* * *

Sí. Allí estaba.

Alec se volvió, sorprendido, al oír los pasos en la entrada del establecimiento casi desierto. En su mano humeaba una taza de café. Una anacrónica taza de café, poco en consonancia con el mundo en que ahora vivían.

—¡Alec! —La voz de Bolky sonó ronca, quebrada por la emoción y la fatiga de su carrera desesperada en la noche.

—¡Ric! —Asombrado, Alec estudió a su amigo con interés. Dejó la taza de café y avanzó hacia él, con lentitud—. Pero ¿qué haces aquí tú, a estas horas de la noche?

—Alec, Dios sea loado —jadeó Bolky entrando en el local—. Te estaba buscando.

—Bueno, pues parece ser que ya me has encontrado —sonrió él. Miró después, con gesto grave, hacia el exterior—. ¿Te sigue alguien, Ric?

—No, no…

—¿Llevas permiso policial para circular a estas horas por la ciudad?

—No, Alec.

—Demonio, te has vuelto muy atrevido —replicó tomándole por un brazo y apartándolo de la entrada—. Ven conmigo; te llevaré a un reservado del local. Podría ser peligroso que te viera una

patrulla.

—Ya he burlado a dos en el camino —musitó roncamente Bolky, siguiéndole hacia el reservado.

—Lo dicho, Bolky —suspiró Alec—. Te has vuelto un temerario. Algo muy grave ha tenido que suceder para que tú, el funcionario perfecto del perfecto Sistema, te hayas saltado tantas reglamentaciones alegremente.

Llegaron al reservado. No había ventanas ni aberturas de ninguna clase asomadas al exterior. Bolky, trémulo y muy pálido, se apoyó en el muro, hasta resbalar en el asiento que le señalaba su amigo. Luego, miró largamente a Alec y musitó:

—Muchas cosas han cambiado para mí en estas horas, Alec.

—Sí, lo imagino —suspiró Alec Adam lentamente. Le estudió, pensativo—. ¿Te casaste?

—Sí —se estremeció Bolky.

—Bueno, ¿puedo darte la enhorabuena ya? —indagó con cierta ironía.

—Adam, yo… —Alzó la cabeza y le contempló con mirada angustiada—. Adam, ¿por qué me dijiste que sentías que me casara, que eligiese esposa y todo eso?

—Es lo que se ha dicho siempre a lo largo de los siglos —rió Adam suavemente.

—¡No es eso! —negó Bolky—. Había algo más, ¿no es cierto?

Adam se mordió el labio inferior. Estaba contemplando a Ric, y de pronto le interpeló con voz, sorda:

—¿Ha sucedido ya, Bolky? ¿Sabes la verdad?

—¿La verdad? —Bolky vibró, con un escalofrío. Cerró los ojos con fuerza—. ¡Oh, Dios, tú lo sabes! ¡Tú lo sabías ya antes de suceder!

—Claro que lo sabía —suspiró Adam, paseando por el reservado con lentitud—. Lo supe hace tiempo, amigo mío.

—¡Y no me dijiste lo que iba a suceder! —aulló Bolky.

—No me hubieras creído tampoco.

—¡Sí te hubiera creído, Adam!

—Sabes que no. Lo dices ahora, porque ya ha pasado. Ahora sabes la clase de mujer que te esperaba. No puedo negarte inteligencia, rapidez de ideas y todo eso, amigo. Lo descubriste muy pronto. La mayor parte de la gente lo ignora aún. Lo ignorará, tal

vez, hasta el día mismo de su muerte.

—Tú sabías que iba a casarme con un autómata, con un muñeco de apariencia humana.

—Sí, Bolky.

—Pero ¿cómo podías saberlo?

—Yo sé muchas cosas, amigo mío. Escribo. Y observo y estudio a mi alrededor. No me dejo cegar por las apariencias ni por las propagandas. Sé en qué clase de mundo vivo, no te quepa duda. Si todos lo supieran, las cosas serían muy diferentes.

—Fue horrible, Adam. —Bolky se pasó una mano crispada por sus cabellos revueltos—. Un accidente cuando golpeé el televisor. No sé por qué lo hice, pero provoqué un cortocircuito… y algo falló dentro del mecanismo de… de Jana.

—Se llamaba Jana —suspiró Adam—. Bello nombre para una mujer de carne y hueso. Pero no significa nada aplicado a un maniquí electrónico, Ric.

—No, claro que no. —Los ojos dilatados de Ric iban de un lado a otro mientras continuaba evocando el terrible suceso—. La vi quedarse inmóvil, con la sien chamuscada, chisporroteando su cerebro… Algo espantoso, Adam. Había cifrado la única ilusión de mi vida en ese momento. Durante años acaricié con júbilo la idea de ir reuniendo el dinero suficiente para comprar una novia, para casarme de acuerdo con las normas legales…

Alec Adam lanzó una imprecación y señaló a Ric con mano firme.

—¿Te oyes a ti mismo, amigo mío? —le increpó—. Has hablado de «comprar una novia», ¿te has dado cuenta? Así se hace ahora. Todos compran sus novias, se casan en Agencias legales, donde uno se cree que los maniquíes expuestos son copia exacta de un ser real, cuando la verdad espantosa es que eligen máquinas para compañeras de nuestra vida. Es como una maldición, Ric. Algo que subleva y enfurece. Es sentenciarnos a que el mecanismo, la frialdad y deshumanización de toda una era caiga sobre nosotros hasta sus últimas consecuencias.

—Pero… pero hay matrimonios con hijos. Parecen normales, Adam. Tienen que ser normales.

—No, Bolky, no son normales. Esos hijos también son artificiales, producto de una mecanización monstruosa. Hablar

como yo lo hago es rebeldía. Tiene un castigo concreto. Pero debo decirte muchas cosas, puesto que vienes a exponerme tus angustias. No sé de nadie que haya visto llegar al mundo a esos hijos de nuestros vecinos y amigos. Las esposas son internadas en clínicas especiales, que paga el Estado Mundial. Salen de allí con sus criaturas. Si son máquinas, ¿qué clase de hijos dan al mundo? ¿Cómo se crean eses supuestos hijos?

—¿Sugieres que hasta los niños pueden ser puro artificio, robots bien fabricados? —Se horrorizó Ric Bolky.

—Es toda una posibilidad, sí —aceptó Adam, sombrío.

Reinó el silencio entre ambos hombres. Luego, tras la pausa, Ric comentó:

—Nunca me he sentido rebelde, pero en presencia de mi esposa pensé que podía decir algunas de las cosas que yo tenía guardadas en mi mente y en mi sensibilidad de ser humano. Entonces, ella me avisó. Dijo que me denunciaría al tercer gesto de enemistad o rebelión contra el Sistema. Creí que era una vulgar espía, un agente pagado por el Estado Mundial. Pero era más que eso. Mucho más, Adam. Era una máquina creada para dominar al ser humano, para controlarle y, tal vez, emitir informes de mí propiamente, de mis ideas, pensamientos y reacciones, a controles del Estado.

—Es muy posible, sí —aceptó Adam, pensativo—. Todo es posible ahora, Ric. Vivimos en el año 3000. Se preconizó que sería ésta la época ideal para el mundo. Una nueva era de maravillosos progresos, sin guerras, sin odios, sin hambre ni enfermedades. Hasta cierto punto, esa teoría es real. Vivimos en ese ambiente, sí. Pero ¿a qué precio? Al de nuestra libertad mental, espiritual e incluso física; al de nuestros impulsos humanos, frenados por la máquina; al de un control exhaustivo y terrible de nuestro tiempo diario, de nuestra vida toda, delimitada por la rigidez del reloj implacable, de horas y minutos fijados previamente por el Gran Centro de Sindicatos, por la red burocrática del trabajo deshumanizado, por los controles internos del hombre, a quien se escudriña su mente y su espíritu, dominándolos. Ése es nuestro hermoso mundo. Y, lentamente, la especie humana se va triturando, eliminando, para forjar un mundo de autómatas, regido fácilmente desde un cuadro de controles, por un puñado de locos que quieren extinguir la vida de la Tierra y, con ello, dominarla totalmente, sin posibilidad de rebeldías, sin

esperanza de liberación por los siglos de los siglos…

Terminada su exhaustiva arenga en voz ronca, dura, agresiva, Adam enmudeció, bajando la cabeza ante la mirada de estupor de Bolky. Un Bolky nuevo que comprendía, empezando a liberarse de las cadenas de su rutinaria burocracia de cada día, de su monocorde adaptación al Sistema colectivizado de todas las metrópolis del mundo, regidas por el Poder Central.

Bolky se limitó a susurrar:

—Sí, Adam. Tienes razón. Toda la razón —respiró hondo—. Por favor, ¿puedo tomar una taza de… de eso que tú tomas?

—¿Café?

—Sí. Me hará sentirme de nuevo algo más humano.

—Claro. Espera aquí.

Salió, para regresar casi enseguida con dos tazas humeantes. Tendió una a Bolky, que la tomó, sorbiendo con fruición.

—Ah, es bueno —suspiró Bolky al fin, contemplando la negra infusión humeante—. Café, Adam. Esto no es una materia distribuida por las grandes redes de Alimentación Colectiva.

—No, no lo es. Es algo que da la tierra, la Naturaleza. Algo clandestino, que no se acepta por el Sistema, que prefiere alimentar a los seres con productos químicos surgidos de sus grandes factorías mundiales de Alimentación.

—Café. Me gusta el café, Adam. Y me gusta la Naturaleza, los frutos de los árboles, las verduras, los peces del mar. Todo lo que sea natural, lo que Dios creó para alimento del hombre.

—Si repites eso ante alguien te harán examinar por los psicomentales, para comprobar tu grado de «culpabilidad en potencia», y te enviarán a una «granja hipnotónica» donde los medios artificiales te devuelvan transformado en lo que la Ley asegura que es un ser perfectamente sociable y honrado.

—Y qué, en realidad, es…

—Una máquina. Un hombre que se deja controlar mentalmente por los demás, y que es ya ciegamente fiel al Sistema. Así vivimos, Bolky. Me alegra que lo entiendas ya. Y contra eso pretendo luchar a mi modo. Escribiendo, siendo independiente en mis ideas, buscando la forma de combatir la mecanización y la falta de humanidad de una época.

—¿Existe esa forma?

—No lo sé —confesó Adam—, pero supongo que si todos luchamos, alguien podrá hallarla un día, y empezará a resquebrajarse el Poder. Pero todavía es una simple utopía, Bolky.

Ric asintió, empezando a sorber nuevamente el café. Bruscamente, algo les interrumpió. Sonaron pasos, sordos, en el exterior del local. Bolky alzó los ojos y gritó asustado. Adam se volvió vivamente.

—Ésos son —dijo fríamente la persona erguida en el umbral—. Ésos son mi marido y su amigo. ¡Deténganles por conspirar contra el Sistema!

Era Jana, la mujer-autómata, con la huella de la quemadura sobre la sien, funcionando ya normalmente, más parecida que nunca a una belleza real y señalándoles con fuerza, centelleantes sus ojos.

Detrás de ella, cubriendo la puerta, había hasta seis policías del Estado Mundial; una patrulla bien armada de la Policía Urbana de Metrópoli Seis, dispuesta a detener a los hombres señalados por la mano acusadora de Jana Bolky.

CAPÍTULO IV

MONSTRUOSA RED


a taza de café de Bolky rodó por el suelo, derramando su fondo de negra infusión. Gimió, encogiéndose en un rincón, conocedor de su destino, ahora que había sido denunciado como rebelde. Adam no reaccionó en principio de manera alguna especial. Se mantuvo erguido, sereno, impasible, sorbiendo su café con calma, casi con indolencia, a pesar de la brusca interrupción.

—¿Cómo…? —gimió Bolky—. ¿Cómo pudiste encontramos, maldita seas?

—Poseo el control a distancia sobre el hombre que es mi esposo —sonrió ella, glacial—. Cada ser humano emite unas determinadas ondas mentales que permiten hallarlo a distancia, por la frecuencia de las mismas, si una ha sabido sintonizar su mente con la de él, como yo hice.

—¡Mente! ¡Una máquina! ¡Eso es lo que tienes por cerebro, maldito pelele! —aulló con el mayor horror Ric Bolky.

—No empeores tu situación —advirtió ella fríamente—. Ya tendrás bastante con responder a tus delitos ante el juez.

—¿Qué me importa ya eso? —jadeó Bolky, el feliz burócrata de aquella mañana, hombre hundido y maltrecho ahora—. ¡Debí destrozarte, romper tus mecanismos de robot, Jana, antes de abandonar la casa!

—Hubiera sido asesinato —rió ella impasible—. Y contra eso no hay siquiera la esperanza de que te «rectifiquen» en una «Granja Hipnotónica» del Estado. ¡Serías sentenciado a igual pena!

—Será mejor que se entreguen sin resistencia ni protestas —avisó el oficial de policía, que aunque era perfectamente humano hablaba como una máquina, frío e impersonal—. De otro modo, las cosas irían peor.

—¡No! —rugió Bolky—. ¡No quiero que me internen en una «Granja Hipnotónica»! ¡No quiero ser destruido en vida, convertido en materia dócil al mandato ajeno! ¡No quiero!

—Ya basta —avisó duramente el oficial de policía, dando un paso hacia él y extrayendo su vara magnética, con la que podía reducir a cualquier arrestado rebelde en caso de lucha.

Alec Adam, sin moverse, le dejó pasar por su lado. El oficial no le hizo el menor caso, porque el peligroso parecía ser Bolky, que se rebelaba contra su suerte.

El funcionario cometió un error, porque el peligro estaba precisamente en Adam. Éste se revolvió vivamente cuando el policía hubo pasado. Le descargó un golpe seco, rotundo, sobre la base del cráneo. El policía gimió, doblándose sin la menor resistencia.

Adam estiró velozmente la mano, y tomó de sus dedos la vara magnética, que empuñó, revolviéndose contra los policías, que ya hacían uso de sus propias varas. Pero, naturalmente la propia fuerza magnética de las varas provocaba arcos voltaicos azulados, que iban de unas a otras, anulando su efectividad. Los policías retrocedieron asustados cuando Adam agitó su vara trazando estrías de chispas eléctricas que cegaban y alarmaban a los agentes.

Jana, furiosa, intentó cruzarse ante Adam para desarmarle. Él sabía que era una mujer artificial y, por tanto, eludiría el magnetismo de la vara. Por eso, para inutilizarla, se lanzó con toda

su fuerza sobre ella, y descargó un impacto formidable en su cuello utilizando para ello su cabeza a guisa de ariete.

Ella osciló, con un grito ronco, y algo pasó en su cerebro, porque sus ojos se inmovilizaron, quedándose quieta, totalmente rígida. Adam sonrió, ante el éxito de su ataque. Como él imaginara, los conductos electrónicos que subían a su cerebro artificial pasaban por la garganta, y su golpe los había averiado, al menos momentáneamente, ya que por lo sucedido en casa de Bolky parecía que las mujeres mecánicas puestas en venta por el Sistema eran capaces de regenerarse por sí mismas, reparando sus propias averías.

—¡Vamos, Bolky! —gritó a su amigo—. ¡Hemos de huir de aquí!

Ric le siguió, dominando su desaliento, en tanto los policías, convertidos en un medroso puñado de hombres inútiles ante la vara magnética de Adam, se apartaban incapaces de frenarles.

Al vuelo, con largas y resueltas zancadas, alcanzaron el exterior del establecimiento, donde otros tres agentes de la policía del Estado se apresuraron a cerrarles la salida, esgrimiendo sus varas de fuerza magnética. Los chispazos y contactos voltaicos, azules y zumbantes, se produjeron en el acto, forzando a los policías a retroceder asustados por la inesperada arma que manejaba uno de los fugitivos.

—¡Atrás, atrás! —voceó uno—. ¡Lleva el arma del oficial!

Adam sonrió, agitándola ante sí. Era como una modernísima versión de las míticas «varitas mágicas» de los cuentos de hadas. Y, por lo que decían los policías, la vara del oficial poseía más fuerza, y ellos la reconocían.

—¡Adelante, Bolky! —jadeó Adam—. ¡Vamos! ¡Hay que aprovechar el momento!

—Pero, Alec, ¿adónde iremos? —susurró su amigo, vacilante—. Será inútil. Todo será inútil. Tarde o temprano nos darán caza.

—Eso no nos importa. No empeorará las cosas, Ric. Lo importante ahora es irse. Más tarde, ya veremos.

Alcanzaron, a la carrera, el turbocar de la policía, detenido ante ellos. Los agentes, a distancia, les contemplaban indecisos. Los demás salieron del local, sujetando a su propietario como único cautivo. Adam iba a volverse, cuando el hombre agitó sus manos, gritándole.

—¡No, amigo! ¡Usted váyase! ¡Deje que estos puercos me «rectifiquen» a su gusto, ya que es inevitable! ¡Pero sálvese usted! ¡Hacen falta hombres como Alec Adam para salvar al mundo de lo que le espera bajo esta tiranía!

—Gracias, amigo —silabeó Adam sin dejar de correr—. Pero volveré. Volveré algún día a salvarte a ti y a otros como tú.

Saltaron al vehículo aéreo. Éste se elevó velozmente, con los dos hombres ante sus controles. La policía se quedó abajo, contemplándoles con estupor. La nave con matrícula policial y motor potentísimo, movido por seis turbinas iones, se elevó, describiendo un vertiginoso cerco antes de proyectar el chorro de sus turbinas, como estela de su velocísimo vuelo hacia rumbo desconocido.

* * *

—Oh, Dios, no lo entiendo, Alec. No puedo entenderlo.

—¿El qué, Ric? —Se volvió Adam, sin dejar de manejar el timón de la nave espacial con la que sobrevolaban a inmensa altura los campos y ciudades, muy por encima de nubes y de zonas de habitual recorrido interurbano, a casi setenta mil metros de altura, en una zona atmosférica prácticamente desierta, oscura y silenciosa.

—Que hayamos podido escapar de las garras de la mismísima policía.

—No cantemos victoria todavía, Bolky.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos salido de un serio problema. Pero es posible que no sea el último… Tú sabes la fuerza que tiene el Sistema. Esto les habrá enfurecido. Tal vez hagan lo imposible por darnos caza y destruirnos.

—Lo importante es que hemos hecho algo, Adam. Quizá seamos los primeros rebeldes que de verdad desafían a la Ley actual y demuestran que, si se quiere, se puede luchar, se puede intentar algo por evitar que nos transformen inicuamente en máquinas insensibles.

—Sí, eso es importante. Sólo deseo que sirva realmente de algo, que nuestro esfuerzo nos lleve a alguna parte.

—¿No está hecho lo más difícil, Adam?

—No lo creo. Lo más difícil es mantener la fuga con éxito. Escapar era algo que nadie había hecho, de acuerdo. Pero no olvides que si ese autómata con el que te uniste legalmente pudo localizarte por la frecuencia de ondas mentales de cada individuo, es posible que también ahora tengan un medio de darnos alcance o destruirnos.

Adam manejó el timón, siempre con un rumbo que le alejara diametralmente de Metrópoli Seis, escenario de su rebelión heroica contra los agentes de la Policía Urbana del Estado Mundial.

El indicador de velocidad marcaba una alta cifra, realmente esperanzadora para ellos. Sin embargo, Adam sabía que las distancias podían no ser obstáculo para los poderosos medios del Sistema, si querían realmente lanzarse a su captura o a su aniquilación implacable.

No, Alec Adam distaba mucho de sentirse tranquilo con respecto a su destino.

Entre tanto, por Metrópoli Seis habría circulado ya la noticia como reguero de pólvora. Ahora miles, quizá millones de seres, sabrían que dos hombres, un escritor y un funcionario del Estado, se habían enfrentado al Poder, dominando a sus captores y logrando escapar en osada maniobra.

¿Serviría eso de algo, con miras al triunfo final que pertenecía aún al terreno hipotético de los sueños y anhelos del hombre con ansias de libertad?

—Adam, ¿qué significa esa señal? —preguntó de pronto Rick Bolky, señalando el cuadro de mandos de la nave espacial.

Adam miró hacia donde señalaba su amigo. Enarcó las cejas, contrariado, ante el parpadeo de la luz roja del tablero de mandos.

—El combustible de las turbinas —comentó, sombrío—. Hemos de descender, Ric.

—¿Inevitablemente? —Se estremeció su amigo.

—Inevitablemente —asintió Adam—. Hay una ciudad allá abajo. Espero que podamos ocultarnos de algún modo a las patrullas de la policía.

—Sí, yo también lo espero.

El vehículo de la policía de Metrópoli Seis comenzó a perder altura, a descender sobre la ciudad, mientras Adam dosificaba del mejor modo posible la carga cada vez más reducida de combustible

de que disponía a bordo.

Finalmente, alcanzaron la masa de nubes que ocultaba el cielo a los ciudadanos de aquella gran urbe extendida a sus pies y que en la madrugada sólo era una inmensa constelación de luces, trazando rectas interminables y núcleos de luz más densos en los centros urbanos de mayor importancia.

Con los motores silenciosos, reducidos a un planeamiento sigiloso sobre la ciudad, fueron aproximándose a tierra, y los ojos de Adam escudriñaron, buscando un lugar donde posarse.

Le pareció el mejor una amplia terraza de un edificio en construcción, en el que los blancos bloques de materias plásticas formaban plantas aún sin terminar, dentro del andamiaje de aluminio que, como red plateada, lo rodeaba todo.

Era una superficie reducida, por lo que aplicó el sistema helicoidal a la nave, y los motores supletorios, con giros que imitaban los de los vetustos y ya olvidados autogiros, fueron ayudando a bajar en vertical la nave, que se posó mansa, silenciosamente, sobre la última planta en construcción.

—Hemos llegado —suspiró Adam, abriendo la portezuela del aparato y empuñando de nuevo la vara magnética que constituía todo su armamento—. No sé adónde, pero hemos llegado. Dios quiera que aquí encontremos una salida, un refugio, algún lugar donde pasar inadvertidos.

Bolky le siguió, lleno de inquietud. Estudiaron el lugar en torno suyo. Todo parecía normal, sin peligro aparente para ellos. Desierta y silente, como todas las ciudades de la época, la aglomeración ingente de edificios, avenidas, canales y Niveles urbanos, no parecían ofrecer un aire alarmante especial.

—Vamos —invitó Adam—. Dejaremos aquí la nave. Es totalmente inútil sin combustible. Será mejor perdernos entre las gentes cuando llegue el día. Ya pensaremos algo para ir eludiendo la búsqueda.

—Me gustaría tener tu seguridad, Adam —suspiró Bolky—. La verdad es que estoy muerto de miedo, por mucho que lo disimule.

—Y ¿qué te crees que siento yo? —rió huecamente Alec—. Cuando uno sabe que el peligro le rodea, que las probabilidades a favor son mínimas, debe tener miedo. Es un sentimiento humano, amigo mío. Y, como tal, maravilloso. Lo peor es no tener miedo ni

nada, no sentir cosa alguna de las que todo ser racional debe congratularse de experimentar, porque fue hecho para ello. Vamos ya, Ric.

Caminaron, hasta alcanzar uno de los andamios de aluminio, y luego comenzaron a descender piso a piso por sus tramos metálicos, ligeros y oscilantes en la espantosa altura del gran edificio sin terminar.

—Podríamos usar el montacargas eléctrico, pero quizá fuese un error —advirtió Adam, señalándole la jaula metálica que discurría sobre vías engrasadas, de cables eléctricos, hasta el pie del edificio —. Siempre produciría un sonido alarmante, y puede haber un guardián en las obras, que avisaría a la policía.

—Sí, será mejor así —gimió Bolky—. Aunque la altura me da vértigo… y estos andamios, mucho más.

Adam sonrió, sin decir nada. Siguieron el descenso. Finalmente, alcanzaron la última plaza, y, desde ella, el nivel de la calle, desierta en la madrugada, radiante de luz y de limpieza. Pero silenciosa, como muerta. Como un hermoso, moderno y geométrico cementerio que sólo albergara cadáveres.

—Creo que estamos en Metrópoli Una —comentó roncamente Adam escudriñando la gran avenida a la que se asomaron tras la esquina del bloque del edificio.

—¡Metrópoli Una! ¡La capital del Mundo!

—Eso es. La antigua Nueva York, ¿recuerdas? Los libros de texto aún la citan —rió Adam huecamente—. Imagino que aquellos tiempos serían magníficos, Ric. Hubo una época, hace doce o trece siglos, en que estas mismas calles eran vías polvorientas y sucias, con casas de madera.

—Encantador —suspiró Ric—. ¡Quién hubiera podido vivir entonces!

—Seguramente, los de esa época no supieron nunca lo felices que llegaron a ser —negó Adam con un movimiento de cabeza—. Es lo que siempre ocurre. Nadie llega a conocer jamás la felicidad de que goza en su momento. Sólo los demás, los que la envidian, saben lo que realmente vale y… ¡cuidado, Ric!

La advertencia de Adam llegó acompañada de un salto brusco, a la vez que se lanzaba sobre las sombras furtivas que, brotando de un pasaje inmediato, habían caído sobre Bolky. Éste se debatía,

desesperado, gritando roncamente. Adam extendió su vara magnética, para tocar a aquellos hombres, obligándoles con la descarga a soltar a su amigo.

Ocurrió algo imprevisto.

Otros hombres habían surgido a su izquierda, precipitándose sobre él. Cuando Alec Adam estiró el brazo armado del útil magnético, éste se encontró con una especie de plancha metálica o escudo, que surgió ante él, manipulado por uno de los aparecidos.

Se produjo un chispazo azul, violento, un estallido de miríadas de luces cárdenas y violeta… y Adam soltó la vara, convertido en una línea de fuego, en forma de barra metálica al rojo vivo, que le hubiera abrasado de mantenerla entre los dedos.

—¡Malditos!… —aulló Alec, pugnando por luchar, por resistir, a pesar de todo.

Formas azules, con el uniforme inconfundible de la Policía del Estado Mundial, reducían ya a la impotencia a Ric Bolky, y ahora se cerraban en torno suyo, formando un cerco amenazador.

—Será mejor que no resista —avisó una voz autoritaria, la de un oficial, sin duda—. Su juego ha terminado. Esperábamos su descenso para capturarles, rebeldes. ¿O creían que el Poder no iba a ser capaz de localizarles, de seguir su vuelo en las pantallas detectoras, y de esperarles justamente donde se verían obligados a descender, tarde o temprano?

Adam se sintió apresado, a pesar de que disparó sus puños por dos veces, y tuvo la relativa satisfacción de ver rodar a otros enemigos por el suelo. Luego unas pulseras eléctricas, que descargaban suaves pero molestas sacudidas eléctricas a sus miembros cuando pretendía moverse con energías, se cerraron en torno a sus muñecas.

Resopló, bajando la cabeza, impotente.

Estaba vencido, y lo sabía. La red monstruosa del Poder, aquella inexorable y fría máquina movida desde arriba para controlar al hombre y reducirle a un simple número, en una Humanidad colectivizada, supercontrolada y esclavizada por el mecanismo inhumano, se había cerrado sobre Bolky y sobre él.

Los dos únicos hombres que hasta entonces desafiaran el Poder Central con relativo éxito momentáneo habían caído finalmente en el cepo, sin esperanza alguna.

Ahora los dos delincuentes contra la seguridad del Estado Mundial serian castigados, reducidos a la ínfima expresión como criaturas humanas, desposeídos de todos sus derechos. Pensar, sentir, ser libres, amar y vivir como seres creados por Dios sería en lo sucesivo meras añoranzas para ellos.

Cuando volvieran a la sociedad de la cual eran arrancados ahora brutalmente ya no serían los mismos Ric Bolky y Alec Adam, sino dos marionetas, dos peleles, controlados por el Poder Central e incapacitados para tomar nuevas y peligrosas iniciativas.

—Éste es el fin, Bolky —jadeó Adam sordamente, dejándose arrastrar con su amigo hacia un bien emboscado vehículo policial —. El fin de todo. Pero valió la pena. Sí, valió la pena intentarlo, aunque supiéramos que todo era inútil, a fin de cuentas.

—Todo era inútil —repitió Bolky, como un eco dolorido—. Pero pienso como tú. Valió la pena, sí. Ocurra lo que ocurra.

CAPÍTULO V

«REGENERACIÓN»



e leía:

> «Granja Hipnotónica del Estado. Número 119. Regeneración de Criminales en Potencia».

Tal era el rótulo de aquella gran puerta maciza, inexorable, que se cerró tras de dos hombres después de aquel juicio alucinante en el que no cabía defensa posible contra los cargos presentados.

Un juicio ante máquinas, ante robots creados para administrar justicia. Helada, dura, implacable justicia sin corazón ni piedad, sin sensibilidad ni conciencia. Como algo inanimado que debiera juzgar a lo que tenía animación, vida propia y aliento.

Adam y Bolky habían pasado, en medio de una larga y silenciosa

hilera de hombres abatidos y espectrales, el examen de los «detectores psicomentales», que hurgaron incisivamente en el fondo de sus mentes.

Después de la detección señalada por la ley, el dictamen de los cerebros electrónicos apareció con las fatídicas letras rojas que marcaban su informe:

> *Alec Adam. Mentalmente culpable. Cerebro rebelde, independencia peligrosa. Enemigo del Estado. Asesino en potencia.*
>
> *Ric Bolky. Mentalmente culpable. Cerebro rebelde, fácilmente impresionable. Ideas vacilantes. Podría ser «regenerado». Malhechor en potencia.*

Adam se estremeció. Bolky salvaría su vida y, tal vez, parte de su ser normal. La «regeneración» en una Granja Hipnotónica del Estado era un proceso temible, pero permitía seguir con vida.

El veredicto sobre él era inexorable: no admitía «regeneración», tal como la entendía el Poder. Tenía que ser eliminado de la colectividad, para extirpar el peligro que representaba.

—Bueno, al menos tú has tenido suerte —comentó, al terminar el examen, sonriendo alentadoramente a Bolky.

—No digas eso —jadeó su amigo—. Quisiera seguir tu suerte. ¿Para qué quiero vivir, reducido a un espectro servil y vacío?

Adam no respondió. Ese mismo día, el juez robot habló ante ellos, a través de su compleja red de electrodos y mecanismos sensibles:

—Alec Adam, el Estado Mundial te sentencia a morir en experimentaciones biológicas espaciales, dentro de un mes. Ric Bolky, el Estado Mundial te sentencia a ser «regenerado» en una Granja Hipnotónica del Estado, para convertirte en un ser útil a la sociedad…

Eso era todo. Sentencia breve, fría, metálica. Como los propios jueces utilizados por el Poder.

De allí habían pasado a una celda común, con otros presos sentenciados a «regeneración». Ninguno fue condenado tan gravemente como lo fuera Adam. Sabían lo que hacían. Hombres

como Bolky nunca tomarían la iniciativa en actos realmente trascendentales para la seguridad del Estado Mundial. Los que eran como Adam, sí.

Pero todos juntos fueren enviados a la Granja Hipnotónica del Estado número 119. Desde allí, Adam sería trasladado en fecha posterior al Centro Biológico donde su cuerpo serviría de campo y materia experimental a los científicos del mundo, para finalmente ser tirado como carroña a cualquier vertedero de residuos humanos.

En el Sistema, incluso los reos a muerte eran útiles al Estado.

Cuando el portón de una de las fatídicas Granjas Hipnotónicas se cerró tras ellos, Adam supo que todo había terminado. Jamás ser humano alguno había abandonado ninguno de los siniestros establecimientos estatales destinados a la conversión de presuntos culpables de delitos imaginados o planeados por el Poder antes de ser convertidos en simples marionetas humanas, dóciles a toda ley y sometidos sin voluntad ni poder de rebelión a cuanto desde arriba se les señalara.

Ajustándose magnéticamente a sus espaldas aquella puerta, era como si la de la Vida y la Muerte se encajara tras él, para nunca más volver a cederle el paso.

E incluso para Bolky, sería lo mismo que morir.

—¿Van a separarnos? —preguntó Adam a uno de los guardianes del interior de la Granja Hipnotónica, refiriéndose a Bolky y a sí mismo.

—Por hoy, no —negó el guardián, encogiéndose de hombros—. Si son amigos pueden ocupar la misma celda provisional. Mañana decidirá el doctor Zookeb sobre su definitivo destino mientras usted esté dentro de la granja, en espera del cumplimiento de la sentencia. ¿No es usted el sentenciado a muerte en un Centro Biológico?

—Sí, yo mismo.

—Bueno, aquí todos son iguales —sonrió el policía—. Y todos se portan bien, ¿sabe? O todo resulta peor para el rebelde. Le aviso, porque no logrará nada intentando alguna de sus tretas.

—No había pensado en ello —suspiró Adam, inclinando la cabeza—. En realidad, he dejado ya de pensar en muchas cosas. Quizás eso forme parte de la «regeneración». Me pregunto si valdrá la pena intentar nada ya.

Se alejó, sin añadir más, siguiendo a su amigo Bolky por los amplios, claros y luminosos corredores que se deslizaban entre vidrieras opacas, muros blancos y ojos electrónicos, células fotoeléctricas y detectores especiales que permitirían seguir, paso a paso, gesto a gesto, a través de docenas de cámaras de televisión, todas las acciones y movimientos de los cautivos, desde algún recinto de control, en el interior de la propia granja.

Aquel mismo día comenzó el «tratamiento» para Bolky…

* * *

Alec Adam alzó la cabeza. Contempló silencioso al hombre que regresaba, junto con otros, a la estancia que ocupaban y que, sin parecer una celda, sino un alojamiento sanitario, era peor que cualquier cárcel soñada por el hombre.

—Bolky —llamó Adam, al verle pasar ante él, con paso lento, e ir a sentarse en otro extremo de la estancia—. Eh, Bolky, amigo…

Bolky le miró estúpida y vacíamente y meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, no debo hablar contigo —dijo inesperadamente—. Nunca.

—¡Ric!

—Nunca debo hablarte, Adam —repitió, como una cantilena—. Eres rebelde. Un peligro para el Estado, para nosotros, los hombres honrados. No me hables, Adam.

Adam apretó los labios con fiereza y no dijo nada. No hacía falta. Entendía bien lo ocurrido. La primera sesión había «regenerado» bastante a su amigo. Ric Bolky sería en poco tiempo un perfecto miembro de la sociedad actual, de aquella sociedad sometida y fantasmal del año 3000…

Dejó que Ric Bolky reposara en aquella extraña abstracción que traía de su primera sesión «regeneradora», sin importunarle. Sabía que era inútil. Todo es inútil cuando cierta clase de sistemas se aplican sobre un cerebro humano para deformar su funcionamiento y adaptarlo a directrices ajenas. Quizá por eso aquel lugar recibía el nombre sugerente de «hipnotónico». Una hipnosis provocada quizás electrónicamente en todos los puntos sensibles y centros vitales de la mente humana dejaban a ésta convertida en un simple mecanismo reflejo, que actuaba por instinto y por órdenes externas

y orientaciones ya trazadas.

—Pobre Ric… —musitó entre dientes—. Pobre Humanidad toda…

Más tarde, un timbrazo les avisó de que era la hora de ser alimentados. Muchos de sus compañeros de celda, como auténticos hipnotizados, se incorporaron y caminaron hacia la salida. Alec Adam les acompañó. Era el único normal entre todos los espectros humanos. Su mente continuaba virgen de injerencias extrañas. ¿Para qué iban a preocuparse de un reo sentenciado a morir como rebelde en cualquier laboratorio biológico del Estado?

Fue al cruzar el amplio y largo patio dividido por una alta alambrada, cuando sucedió un incidente extraño e inesperado; el primero de una serie de hallazgos asombrosos para Alec Adam.

La alta alambrada que dividía el patio central de la Granja Hipnotónica en dos sectores o pabellones idénticos tenía una misión concreta. Adam la conocía ya de antemano, porque formaba parte de las inhumanas leyes del Sistema.

En la Granja Hipnotónica, no sólo los asesinos en potencia y los rebeldes capaces de «regenerarse» estaban recluidos hasta convertirse en personas dóciles y mecánicas, sino también había un amplio pabellón destinado a «laboriosos» e «inferiores».

«Laboriosos» e «inferiores».

Otras subdivisiones escalofriantes de aquel mundo de pesadilla del año 3000…

Adam conocía bien ambas especies humanas, clasificadas por el Poder según su criterio segregacionista y atroz.

Los «laboriosos» eran los «delincuentes en potencia», ya regenerados, en su período final de adaptación a las directrices del Sistema inculcadas en su mente.

Los «inferiores» eran los seres de razas mezcladas o de posible ascendencia de una especie calificada de «inferior» por la raza blanca: mulatos, mestizos, orientales, negros… Todos ellos habían sido lentamente exterminados a través de siglos y siglos de dominio de la raza blanca. Dirigentes fanáticos, racistas a ultranza, anhelando especies puras en el mundo, habían cuidado de eliminar toda secuela de razas diferentes.

Y lo había logrado. Prácticamente, amarillos, cobrizos o negros no existían en el mundo. Pero el progreso humano, la conquista del

Espacio, de otros mundos, habían traído una nueva forma de mezclas raciales, una nueva clase de mestizos: los interplanetarios.

Hombres y mujeres del planeta Tierra llegaron a cruzarse, en los siglos XXV y XXVI especialmente, con habitantes de Marte, Venus y Saturno de la especie «humanoide», casi extinta en aquellos planetas.

De esas mezclas surgió la especie inferior o mestiza. Y el Sistema, siempre inexorable con todo lo que pudiera significar merma de una dimensión humana, rápidamente recurrió a la aniquilación de esas razas nuevas, de esas mezclas por otro lado perfectamente hermosas en cuerpo, tez y rasgos raciales.

Adam se decía si, tal vez, no sería porque de esos cruces de raza surgía una nueva potencia humana, una naturaleza más fuerte, capaz de enfrentarse al Poder y de resistir las tiránicas formas de tortura y de adaptación mental que el Estado Mundial aplicaba a las criaturas humanas.

De cualquier modo, lo cierto era que las máquinas electrónicas clasificaban rápidamente a los «inferiores» tras un análisis de sus tejidos, y eran sentenciados a reclusión en las Granjas del Estado, pero no para ser «regenerado», sino para permanecer allí, laborando en diversas actividades como auténticos esclavos, como máquinas o simplemente como herramientas inanimadas, en cuyo valor humano nadie se fijaba.

Eso también parecía significar algo evidente: los «inferiores» o mestizos interplanetarios no se «regeneraban» mentalmente. Debían de ser reacios a ello, según pensaba Adam.

Allí, tras aquella reja, «inferiores» de ambos sexos, mezclados pero privados de toda posibilidad de aproximación entre sí a causa de anchos cinturones de «repelencia eléctrica» —los «cinturones de castidad» del año 3000, pensaba Adam con amargura—, vivían en reclusión perpetua. Hombres y mujeres hermosos, arrogantes y fuertes, sometidos a una tiránica esclavitud que indignaba y enfurecía.

Cruzando el amplio patio hacia los comedores colectivos, Adam se detuvo un momento con estupor. Miró a la hilera de rubios «inferiores» situados al otro lado de la alambrada, también avanzando en fila hacia sus propios comedores. Más lejos, los «regenerados» en período «laborioso» penetraban también en su

propio comedor colectivo.

—¡Mira, Ric! —gritó—. ¡Ric Bolky, mira eso!

Ric se volvió hacia él con gesto cansado y abatido.

Le miró con irritación, casi con desprecio.

—No me hables —repuso—. No me digas nada. Yo no debo hablarte, ni escucharte: eres un rebelde, un hombre que debe morir.

—¡Imbécil, escucha esto! —aulló Adam, furioso—. ¡No me oigas ni me mires a mí! ¡Mira allá, al otro lado de la alambrada!

—No debo hacerte caso, ni obedecerte —repitió monótono, inexpresivo, el infortunado Bolky—. No tengo por qué mirar a ninguna parte.

Seguían adelante. La hilera de «inferiores» del lado opuesto llegó casi a su altura. Adam, frenético, se abalanzó sobre la verja metálica. Aferró a ella sus dedos, sin importarle la sacudida eléctrica, hormigueante y dolorosa, que zarandeó sus miembros, lacerándolos.

—¡Eh, muchacha! —llamó—. ¡Tú, tú! ¡Jana!…

Ella se volvió vivamente, como sacudida por la misma corriente eléctrica que hería dolorosamente a Adam. También se volvió, con viveza, el propio Ric Bolky, obedeciendo acaso un reflejo instintivo, sentimental, más fuerte aún que la primera enseñanza del curso de «regeneración».

—¡Jana! —aulló Ric, estupefacto—. ¡No, no es posible…!

La muchacha era rubia, tenía los ojos azules, el mismo rostro. Sin lugar a dudas, era ella. ¡Jana!

Y formaba parte de la fila de dóciles, abatidos y espectrales «inferiores», camino del comedor colectivo que les correspondía dentro de la Granja Hipnotónica del Estado.

—¿Me… me conoces? —preguntó suave y dulcemente la rubia Jana.

Se había parado también, mirando a Adam con extrañeza. Éste insistió, vivaz:

—Eres Jana, ¿verdad? La verdadera Jana.

—Sí, sí —musitó ella—. Mi nombre es Jana. ¿Y el tuyo?

—Alec Adam. Y ese hombre es tu marido, Ric Bolky.

—¿Mi marido? —repitió ella atónita, siguiendo el gesto indicador de Adam. Contempló incrédula el rostro crispado de Ric, que a su vez la miraba con auténtica sorpresa—. ¡Pero si yo jamás

me he casado, señor!

—Jana…, esposa mía…, —jadeó Bolky, trémulo—. ¡Eres tú, eres Jana!

Los guardianes de uno y otro lado acudían ya rápidamente para hacer volver a los personajes a sus respectivas formaciones. Pero todavía distaban unos metros, y ellos cambiaron algunas palabras tensas, vacilantes, inseguras y llenas de sorpresa y desconcierto.

—Soy Jana, sí. Pero nunca te he visto antes de ahora. ¿Quién eres tú, que aseguras ser mi marido?

—Ric Bolky. ¡Nos casamos, Jana, y tú resultaste ser un muñeco! —Dilató los ojos, buscando en vano la huella de una quemadura en la sien de la joven, intentando hallar en ella la prueba de que se trataba también de un autómata. Pero no halló nada. Sólo piel, tersa piel femenina, la crispación de un gesto normal, y el brillo humano, húmedo y vívido, de unos hermosos ojos femeninos—. Jana…, tú…, ¿tú sigues siendo un muñeco?

—No te entiendo —musitó ella—. No puedo entenderte, Bolky. Nunca te he visto antes de ahora. Yo… soy una «inferior».

—¡Vamos, a la formación! —ordenó abruptamente un guardián, agitando una tralla metálica, articulada, que despidió chispas azuladas en la espalda de Ric, el cual se retorció dolorido—. ¡Vamos, todos a sus puestos!

Bolky tuvo una reacción inesperada, sobre todo recordando su anterior docilidad hipnótica. Revolvióse contra el guardián, y estiró bruscamente sus manos firmes, nervudas, para aferrar la tralla metálica. No pareció importarle que el metal soltara chispas cárdenas entre sus dedos, aunque su faz se crispó, lívida. Tiró de la tralla, desarmando al sorprendido centinela.

Luego, bruscamente, se lanzó sobre él, cargando de trallazos su espalda, sobre el verde uniforme. El hombre aulló. Varios guardianes corrieron en su ayuda, desde diversos puntos de la Granja Hipnotónica.

Adam se volvió hacia la rubia muchacha que decía llamarse Jana, y que pertenecía a la fila de los «inferiores». Vio que era arrastrada con suavidad hacia la fila por otra mujer, ésta de pelo negro-azul, sobre un rostro de tez ocre, ojos extrañamente verdes y boca carnosa.

—Vamos, querida Jana —suplicaba persuasivamente la joven de

pelo negro—. Será mejor no dar pretexto alguno a nuestros guardianes para que nos golpeen. Ven conmigo…

Miró largamente con sus pupilas color esmeralda a Alec Adam. Éste cruzó su mirada con ella, sorprendido y fascinado por su belleza exótica. Ella sonrió. Entre sus labios rojos y carnosos la dentadura nítida parecía puro marfil.

—Disculpe, señor —habló en un murmullo—. Usted y su amigo también deben cuidarse. No se resistan. Les destrozarán esos cobardes.

—Su amiga ¿se llama realmente Jana? —insistió Adam.

—Sí, ella se llama Jana. Y yo Ziva.

—Ziva, dígame, ¿lleva mucho tiempo cautiva su compañera Jana?

—Sí, casi un año —sonrió tristemente—. Ahora, adiós. No desafíe más la suerte, señor…

—Adam es mi nombre —murmuró él—. Alec Adam, Ziva. Soy su amigo, aunque nada pueda hacer por ustedes ahora.

—Lo creo —repuso ella. Sus ojos hermosísimos reflejaron una extraña dulzura—. Lo creo…

Logró meter en la fila a la rubia Jana antes de que los guardianes utilizaran sus látigos eléctricos. Adam vio que, sin embargo, ella recibía un trallazo que la hizo estremecer, dolorida.

—¡Perros malvados! —rugió Adam, aferrándose a la red metálica electrificada.

No le importó que le azotaran sus propios guardianes, forzándole a volver a las filas. Le dolía más aquel latigazo en la espalda de la muchacha de ojos verdes que los que él mismo recibía. No parecía existir razón para ello, puesto que Ziva le era una perfecta desconocida, pero así era.

Volvió la mirada hacia Bolky. Como lógicamente tenía que ocurrir, le habían arrebatado ya el látigo eléctrico. Eran seis guardianes contra él. Adam le gritó abruptamente cuando observó que su amigo intentaba aún resistirse al acoso enemigo:

—¡Ric, no lo hagas! ¡No adelantarás nada! ¡No resistas, Ric!

Bolky le oyó y se detuvo. Dócilmente, soportó varios duros trallazos que hicieron crispar horriblemente el gesto de ira impotente de Adam, y se dejó reintegrar a la fila. La marcha hacia los comedores continuó. Los demás prisioneros, como simples

autómatas, continuaron adelante su marcha, con la misma indiferencia con que habían presenciado la dramática y desigual pugna entre los dos rebeldes y la legión de guardianes de la Granja del Estado.

—Esto no os favorecerá a ninguno —silabeó el oficial de guardianes, furioso—. Sobre todo a ti, Bolky.

Al parecer, la primera sesión ha fallado. Creo que ahora intensificarán el tratamiento. Y si fallara de nuevo, irías con tu amigo Adam a un laboratorio biológico, para servir de cobayo a los científicos.

Bolky se encogió de hombros y, volviéndose hacia Adam, comentó agriamente:

—Me alegro de haber roto la hipnosis. Gracias, Adam. El ver a Jana logró ese milagro. Pero… ¿por qué está aquí ella, y a la vez allá fuera, convertida en autómata?

—No sé, Bolky. Será mejor que calles y sigamos adelante. No quiero ver cómo te pegan de nuevo esos malditos verdugos.

Poco después llegaron a los comedores y se situaron, de acuerdo con las indicaciones de los guardianes, en hileras silenciosas entre los platos de alimentos químicamente tratados, según las normas de la época.

Con la comida les sirvieron un líquido azulado. Un guardián avisó a Bolky y a Adam, igual que a los demás:

—No olvidéis tomar ese líquido. Es la única bebida que se os da aquí. Es un tónico necesario, recetado por el doctor Zookeb, director-jefe de la Granja. El que deje de tomarlo será castigado severamente.

Adam no comentó nada. Contempló el vaso de líquido azul, preguntándose qué clase de tónico sería aquél y la razón de la insistencia en que lo tomaran, Bolky hizo algo, todavía enfurecido por los sucesos últimos.

Al presentir lo que planeaba, Adam le gritó:

—¡No, Bolky, no lo hagas…!

Era tarde. Ya Ric Bolky, furibundo, lanzaba por los suelos el líquido azul, de un manotazo. Los trallazos eléctricos que cayeron sobre su espalda le retorcieron de dolor sobre el asiento que ocupaba.

Adam tuvo que encajar las mandíbulas rabiosamente, cerrando

los ojos para no ver el duro castigo. De otro modo, él tampoco hubiese soportado pasivamente aquello, y las cosas aún se habrían complicado más, sin resultado positivo.

Cuando el incidente terminó y se hubo sentado Ric Bolky, otro recipiente de líquido azul suplió al anterior. Y era evidente que esperaban tensos a que Bolky se opusiera a su ingestión, para golpearle todavía con mayor dureza.

Adam comió normalmente. El guardián más próximo no le perdía de vista, esperando que tomase el líquido azul. Él esperó cuanto le fue posible. Sus vecinos iban sorbiéndolo paulatinamente.

Bolky tomó su vaso para beber. Todos los guardianes centraron su mirada en él, pendientes de lo que fuese a hacer. Adam disponía apenas de dos segundos, pero los aprovechó veloz. Estiró su mano, y vació medio vaso en el del vecino de su derecha, y otro medio en el de su izquierda.

Nadie captó la vertiginosa acción. Cuando Bolky, ya más dócil, agotó su ración, Adam fingía apurar la última gota del vaso. Los vecinos bebieron su líquido, sin advertir siquiera el aumento de la dosis. Su estado hipnótico les había prácticamente idiotizado.

La comida había terminado. Salieron en hilera de allí, sin nuevos incidentes. Cruzaron de nuevo el patio. Esta vez, al cruzarse con las mujeres «inferiores», que salían de su comedor, no se produjeron incidentes tampoco. Pero las miradas de Bolky y la rubia Jana se cruzaron largamente.

También los verdes ojos de la exótica y arrogante Ziva estuvieron un par de segundos fijos en la mirada metálica y grave de Alec Adam.

Luego volvieron a verse encerrados en su celda con aspecto sanitario y olor aséptico.

Allí estaban, cuando un amplificador dejó oír una voz dura, metálica, llena de autoridad y energía:

—Atención, cautivos de la sección de «culpables en potencia» en período de «regeneración». Atención. Os habla vuestro jefe, el doctor Zookeb. Vais a ser conducidos dentro de una hora a una sesión especial de «regeneración», a causa de ciertos incidentes de los que he sido informado. El recluso Ric Bolky sufrirá doble sesión de tratamiento regenerante mental, por su rebeldía de hoy. Caso de ser rebelde a ello, será sentenciado a muerte por un Tribunal de

Apelación del Estado.

Se hizo un breve silencio, que se quebró de nuevo, al continuar la voz del director de la penitenciaría hipnótica:

—El recluso a muerte Alec Adam deberá ser trasladado a mi presencia. Inmediatamente.

La puerta se abrió. Tres guardianes armados aparecieron en ella. Adam les miró.

—Ya lo oíste, Alec Adam —dijo el oficial duramente—. En marcha. El doctor Zookeb te espera.

Adam obedeció. Iba a ver al doctor Zookeb.

Se preguntó lo que sucedería ahora. La respuesta que se dio a sí mismo no le gustó. El doctor Zookeb tenía autoridad suficiente para anticipar su ejecución. A la vista de los brotes rebeldes del día, era probable que todo terminase antes de lo previsto.

No quería morir. Pero se dio cuenta, asombrado, de que no tenía miedo. No temía morir por sí mismo.

Era extraño. Sólo tenía miedo por Ric Bolky, y por una muchacha rubia, de dulces ojos azules, llamada Jana.

Y también por una morena hermosa, de verdes ojos, llamada Ziva, a la que ni siquiera conocía unos momentos antes…

CAPÍTULO VI

COMPLOT



lto, altísimo, de ojos grises, casi acerados, de gran melena blanca, leonina, de expresión enérgica y dominadora, de grandes manos nervudas, largas y ágiles, que se cruzaban sobre su pecho, encima de la blanca bata con el emblema del Estado Mundial. Una figura realmente impresionante.

Así era el doctor Zookeb, director de la Granja Hipnotónica 119.

Adam, erguido ante el hombre en cuyas manos estaban los destinos de miles de seres humanos sometidos por la justicia del Poder, entregados a su sistema penitenciario y psicomental de transformación de rebeldes en dóciles seres sin alma, le contempló con fijeza. Sin temor, sin complejos, sin la menor sensación de inferioridad.

—Alec Adam, rebelde incorregible —recitó lentamente el doctor Zookeb. La misma dura y seca voz que emitían los amplificadores

de la granja—. Es usted, ¿verdad?

—Usted sabe que sí, doctor.

—No sea altivo. Recuerde que está obligado a respetarme. Incluso a temerme —avisó fríamente el científico.

—No estoy obligado a nada. Eso no me salvará de morir. Para un hombre al borde de la muerte no existe temor alguno. No me intimidará. Ni usted ni nadie.

—Rebelde siempre —sonrió el hombre de duras facciones—. ¿Y si estuviera en mis manos su vida, Adam?

—Lo está… relativamente. Puede anticipar mi ejecución, o puede, incluso, aplazarla. Nada más, doctor. Sobre mí no tiene ya efectividad su autoridad.

—Conoce bien su destino, ¿verdad?

—Si, desde luego. Conozco bien muchas cosas, demasiadas quizá.

—¿Por qué se jugó la vida en esto? —habló el doctor, reclinándose en su asiento, en aquella fría y rectangular estancia blanca.

—Un amigo mío estaba en peligro. Le ayudé.

—¿Sólo por eso?

—Es suficiente. Al menos, para mí.

—La amistad le lleva a la muerte. ¿Se siente satisfecho de eso?

—Sí.

—Es un hombre duro. No conoce el miedo, según veo.

—No lo sé. Ahora, no tengo miedo. Ni creo que sirviera de nada tenerlo.

—Su ficha judicial dice que es un rebelde sin remedio. Con ideas propias, con iniciativa y peligrosidad para el Estado Mundial —recitó el doctor Zookeb.

—Eso dice, sí.

—¿Cree que los jueces-robot acertaron en eso?

—Por una vez sí. No necesitaron falsear los datos, como tantas otras veces han hecho, para eliminar a gente peligrosa. Yo soy así, tal como ellos dijeron. A veces, las máquinas también aciertan.

—En este caso, me interesa que acierten, Adam —sonrió el doctor Zookeb. Le miró larga y enigmáticamente. Se inclinó hacia él, y tras una mirada alrededor suyo, llena de cautela, habló lentamente—. Le ofrezco algo, Adam. Tal vez la vida. Y el poder.

—¿La vida y el poder? No entiendo.

—Es claro. Usted va a serme muy útil, Adam. Un hombre de sus condiciones es siempre útil en ciertos momentos de la vida. Demasiado útil para dejarle morir.

—No puede evitarlo, doctor.

—Claro que puedo —rió Zookeb—. Puedo hacer eso, y mucho más.

—¿Cómo? ¿Desafiando a la justicia del Poder? Usted sabe que eso sería una locura.

—Una gran locura… que yo voy a hacer. Pero necesito su asentimiento. ¿Acepta, Adam?

—Es una oferta curiosa. Lo tengo todo perdido, y usted me ofrece vida y poder. No sé lo que se trae entre manos, pero no aceptaré nada si no es con otra condición previa.

—¿Condiciones y todo? —El doctor Zookeb rió entre dientes. Sus ojos centellearon—. Adelante, Adam. Me gustan los hombres audaces. ¿Qué más exige?

—Otras tres vidas, a salvo de todo.

—¿Tres vidas? —Parpadeó Zookeb—. Una, la de su amigo Ric Bolky, ¿no?

—Sí.

—Pero… ¿las otras dos?

—Dos mujeres. Dos «inferiores».

—¡Dos «inferiores»! —El doctor parpadeó—. Diablo, Adam, ¿tampoco tiene prejuicios raciales?

—Ninguno, doctor. Todos los seres humanos somos hijos de Dios. Todos somos iguales. Alguna vez el mundo volverá a entenderlo así. Ese día empezaremos a salvarnos de esta horrible pesadilla que es el presente.

—¿Qué dos «inferiores» son ésas, Adam?

—Jana y Ziva. Están aquí, en su granja.

—Bien. Acepto —dijo inesperadamente el doctor—. Son suyas esas vidas, Adam. ¿Eso quiere decir que acepta, y que ése es su precio?

—Acepto, claro. En esas condiciones sería un loco si no aceptase —rió Adam, todavía intrigado—. Aunque todavía ignoro si realmente debo hacerlo. En suma doctor Zookeb, ¿qué debo hacer? ¿Qué es lo sucede para que usted recurra a mí, un prisionero

sentenciado a morir?

—Algo concreto y simple, amigo mío —rió el doctor incorporándose—. Ya puedo confiar plenamente en usted. Vamos a colaborar ambos en esto, de un modo eficaz. Ha aceptado el convenio, y es mi aliado. No sólo vivirá, sino que va a ser poderoso. El hombre más poderoso de la Tierra… detrás de mí, naturalmente.

—Doctor, ¿quiere decir…?

—Quiero decir, Adam, que esto es un complot. Un complot contra el Sistema, contra el Poder Central. Una conspiración contra el Estado Mundial, que va a tener éxito. ¡Cuando todo se haya hecho, yo seré el nuevo presidente de la Tierra!

* * *

—Es la mejor noticia que jamás oí, Adam —susurró—. Estamos al borde de la libertad, al borde del retorno a la vida, amigo mío.

—Sí, Ric. Es como un milagro —asintió Adam. Ambos estaban tendidos en los lechos de la celda que les correspondía. Hablaban abiertamente. Sabían que los guardianes ya no les golpearían. Todos eran leales al doctor, y éste les había dado instrucciones—. Estamos en la más importante Granja Hipnotónica del planeta. Y dentro de ella, uno de los hombres fuertes, el doctor Zookeb, que ha planeado derrocar al régimen. Cada guardián de esta granja está a su lado. Cada prisionero le apoyará incondicionalmente, llegado el momento, con tal de libertarse.

—¿Por qué entonces es tan duro el doctor con los prisioneros?

—Tiene que serlo, evidentemente. Ha de interpretar su papel, en espera del momento decisivo. Y para entonces necesita colaboradores, personas con iniciativa.

—Gracias por tu actitud, Adam. Cuando aún ignorabas lo que pensaba hacer con los prisioneros, le pediste mi vida…

—Bah, olvida eso. Colaborarás conmigo el día en que se inicie la rebelión. El doctor está seguro de que algunos miembros de su directa colaboración en la granja no se pondrán a su lado. Son leales al Sistema. Tendrán que ser eliminados, pero de un modo hábil, antes de que puedan avisar al presidente o a su policía de Seguridad.

—Dios mío, al fin va a ser libre la Tierra. Ojalá haya suerte en el

golpe. Pero, Adam, esta lucha es muy difícil. ¿No será muy escasa la fuerza de Zookeb frente al Poder?

—Eso está por ver. El doctor asegura tener una red de centros leales a él, que actuarán en cuanto él de la señal. El hecho de que el Sistema tenga principalmente máquinas y robots en sus controles mundiales simplificará las cosas.

—¿Por qué, Adam?

Alec sonrió, pensativo. Explicó a su amigo:

—Porque en determinado momento el doctor Zookeb va a provocar una avería general en los sistemas electromagnéticos de la Tierra, por medio de uno de sus «comandos».

—Si eso se cumple, no podrán hacer nada. Absolutamente nada, Adam. ¡Caerá el Poder, incapaz de coordinar sus fuerzas mundiales!

Adam asintió lentamente, con expresión reflexiva.

—Eso espero. Eso es lo que todos debemos esperar, mi querido amigo. En esto se juega el planeta su destino y todos nosotros nos jugamos la vida y la razón de ser, Ric…

* * *

La comida terminaba. Una más en el régimen interior de la granja. Todo parecía normal, como antes de saber Adam la verdad del plan ambicioso y rebelde del doctor Zookeb.

La misma comida de origen químico, con una perfecta distribución de hidratos, proteínas y vitaminas, en alimentos tratados asépticamente. Sin sabor ni olor. Una comida deshumanizada también, pensaba Adam, tomándola con irritación.

El mismo líquido azul en el recipiente. Y el mismo juego de Adam, distribuyéndolo a los demás. No sabía la razón de esa instintiva aversión al líquido azul. Ni siquiera ahora, siendo un colaborador del doctor Zookeb en su revolución contra el Poder, se fiaba de aquel líquido misterioso. Un gesto rápido hacia Bolky, señalando el licor añil, hizo que su amigo también se deshiciera del extraño néctar, dejándolo en otros recipientes vecinos con similar habilidad.

Más tarde, de vuelta a la celda, Bolky le interpeló:

—Adam, me gustaría saber por qué me has indicado que…

Rápido, Alec le hizo un gesto vivo, ordenándole silencio y

señalándole hacia los muros de la cámara, Bolky demostró no ser un estúpido, porque con gran agudeza continuó en el acto.

—… Por qué me has indicado que debo ser dócil a los guardianes de la granja y tolerar sus azotes. ¿No colaboramos todos en un mismo plan?

Adam respiró hondo. Era confortable la idea de que su inteligencia no estaba sola en aquel caos confuso. Bolky parecía capaz de obrar y reaccionar con rapidez en las más insólitas circunstancias.

—Es mejor así —dijo escuetamente, con un guiño significativo—. Creo que conviene mantenerse alerta en todo.

Bolky lo entendió. No replicó nada, e hizo un gesto de asentimiento y comprensión. Después, trazó algo en un fragmento de papel, con un lápiz magnético. Lo tendió a Adam. Éste leyó:

> «No he tomado el líquido azul. ¿Por qué te preocupa eso?».

Rápido, respondió en el mismo papel, con signos escritos aceleradamente:

> «Sigue igual. No sé motivos, pero no me gusta ese líquido. Destruye este papel».

Ric leyó la respuesta y actuó sin perder tiempo: masticó el papel y lo engulló. Si había micrófonos o detectores, nada pudieron captar. Bolky le miró, dubitativo. Adam no le aclaró nada más. Pero se preguntaba quién sería la persona que, dentro de la granja, servía aquel líquido azul, si éste era realmente nocivo en algún sentido. El doctor Zookeb no dominaba totalmente la situación. Había otros personajes allí dentro, controles y autoridades leales al Poder.

Por ello, era preferible mantenerse en guardia constantemente, hasta el momento de iniciar la acción decisiva.

CAPÍTULO VII

EL TRIUNFO


l gran impacto tuvo lugar diez días después.

El doctor Zookeb lo había planeado todo bien: fría, cerebral y matemáticamente.

De la noche a la mañana, la Tierra cambió. La rebelión, el complot cuidadosamente ideado, tuvo éxito.

Las centrales de energía sufrieron una avería general en un momento determinado. Todos los controles y centros nerviosos del Sistema se vieron paralizados, desconectados de sus respectivos centros de distribución y de recepción de ondas directrices. El gran momento había llegado.

Así, descohesionada la base en que se había asentado erróneamente en un sistema de gobierno basado en la deshumanización, en el maquinismo y en el control de los robots y

las máquinas electrónicas, el presidente tenía perdida la grande, tremenda batalla de antemano.

Y la perdió.

El doctor Zookeb venció en toda la línea. Horas después del momento en que una orden del propio Zookeb, dentro de su Granja Hipnotónica, decidía la muerte inmediata de todos los agentes del Gobierno introducidos en el establecimiento sanitario-penal, las emisoras de noticias difundidas por «estereovisión» daban la nueva a todos los continentes:

—El Régimen Mundial ha sido derrotado. El presidente, perseguido y vencido por el golpe de Estado, se ha refugiado en lugar desconocido, pero en breves horas la policía política, al servicio de nuevo Poder legal, dará con su paradero y se procederá a la ejecución inmediata del culpable del actual estado de nuestro mundo.

Tras una pausa expectante, la voz del comentarista remachó, triunfalmente:

—Metrópoli Uno y Metrópoli Dos se han rendido ya totalmente, así como otras grandes centrales urbanas del planeta, y los miembros rebeldes al Estado Mundial que sufrían condenas diversas en las Granjas Hipnotónicas del Sistema han pasado a ser liberados, con cargos importantes dentro de la Revolución libertadora.

Así sucedió. Era la liberación de la Tierra. El fin de la tiranía inhumana de una época. Concretamente, de aquel año 3000, que pudo haber sido de grandeza social y humana, de enormes progresos técnicos y científicos, y que sólo fue de dolor y de sometimiento a la tiranía de un régimen mecanizado y terrible.

Era el fin. O lo parecía…

* * *

—¿No saben nada todavía?

—Nada, coronel Adam. Se sigue buscando insistentemente al presidente del Estado Central, pero no ha sido hallado. ¿Ordena algo, coronel Adam?

—No, no tengo nada que ordenar —suspiró Alec Adam. No le gustaba que le llamaran «coronel», aunque realmente fuese el jefe de las Fuerzas Armadas del Novísimo Sistema Revolucionario de la

Tierra, bajo el mando del presidente Zookeb, el triunfador del gran golpe mundial—. Retírese, teniente.

El teniente se retiró. Adam, con un suspiro, se paseó por la amplia estancia, con el uniforme verde brillante, y los galones de su graduación destacando sobre la tela.

—¿Qué te ocurre, Alec? —sonrió el senador Ric Bolky, del Gran Senado Intermundial, recién creado—. ¿No estás contento con el curso de los acontecimientos?

—Sí, claro. Pero no me gusta que me llamen «coronel». Tal vez no nací para la milicia. Éste es un cargo convencional y tú lo sabes, Bolky. Tú naciste para cargos como el que tienes. Eres un perfecto burócrata. Pero yo… No hice la revolución ni escribí y luché para llegar a esto.

—Pero has llegado. Y es porque la tiranía terminó —dijo risueñamente Bolky.

—Ha terminado, sí… —Se detuvo ante el gran ventanal de su oficina, en la torre central de Metrópoli Uno. Todo parecía, al otro lado de la enorme vidriera plástica, absolutamente distinto a como fuera siempre. Más apacible, más humano, más sereno y digno en su curso inmutable y normal. Sin saber por qué, eso no le satisfizo. Se volvió lentamente a su amigo y suspiró—. Sí, yo debo ser un tipo raro. He llegado justamente a lo que deseaba. Y, sin embargo, no soy feliz. No me preguntes la razón, pero no soy feliz.

—¿Has descansado después del gran momento, Adam? —sonrió Bolky—. Tal vez sea ésa la causa, amigo mío.

—Sí, tal vez —masculló Alec—. Debo necesitar descanso. Veo cosas raras. Absurdos, Ric.

—¿Absurdos? ¿Cosas raras?

—Eso es. A veces creo que todo sigue igual, que nada ha cambiado en el fondo, y que seguimos tan mecanizados como antes.

—¡Pero tú sabes que eso no es cierto! —protestó Ric Bolky—. ¡Mira allá afuera! Es gente normal la que camina por las avenidas y rutas aéreas. Las máquinas han sido destruidas por nuestros hombres. Ya no hay robots, ni controles electrónicos ni nada de eso. De nuevo el hombre ocupa su puesto en la vida, rige los destinos de los demás, y vive como le corresponde, sin que le dirijan ondas magnéticas ni electrodos dominados a distancia. Todo vuelve a ser como antes, como siempre debió ser, Adam.

—Claro. Por eso te he dicho que es absurdo —se frotó las sienes, meneando la cabeza con desaliento—. Es fatiga, estoy seguro.

Luego, hizo una transición. Sonrió, mirando a Bolky y preguntó:

—A propósito de seres humanos, Ric, ¿qué hay de Jana? ¿Es una personita de carne y hueso, bella y encantadora?

—Sí, Adam. —Entusiasmado, Ric se irguió. Los ojos le brillaban —. ¡Esta vez es un ser humano en toda su maravillosa dimensión! Además, me ama. Dice que es algo raro. Se enamoró, de mí nada más verme. Y está segura de haber soñado con alguien como yo.

—Posiblemente, así fue —suspiró Adam—. El doctor Zookeb… bueno, el presidente Zookeb, me explicó el misterio de las mujeres duplicadas. Ellos capturaban a muchachas hermosas de la especie «inferior». Las encerraban, pero realizando previamente reproducciones mecánicas perfectas. Eran las que vendían como «novias» en sus horribles Agencias del Amor.

—Ahora entiendo. Me enamoré de una «duplicada mecánica», que en realidad, en su original, humano, había soñado con alguien parecido a mí. ¿No existirá la telepatía entre la mente humana y la mecánica?

—No sé, Ric. Todo es posible. Todo. Incluso eso.

Bolky caminó hacia la salida del despacho con aire ensimismado. Casi saliendo ya de la estancia, dijo:

—Jana me espera, Alec. Y ahora es la verdadera Jana. Igual a la otra, pero con un corazón y un alma. No sé si lo entenderás, pero es como volver a la vida, después de haber creído estar muerto.

Salió, guiñándole un ojo. Adam, una vez solo, suspiró, repitiendo como un eco perdido de las palabras ilusionadas de su amigo:

—Como volver a la vida después de haber creído estar muerto… —Meneó la cabeza, perplejo—. Sí, evidentemente es así. ¿Por qué tengo yo que pensar otra cosa? Si esto es lo que deseaba, si por esto luché, primero sin esperanzas y sólo en medio de un mundo hostil, después con el doctor Zookeb, esperanzado en el triunfo final, ¿a qué se debe que todavía me parezca que las cosas siguen igual, que nada ha cambiado, cuando sé positivamente que las máquinas horribles no existen, que la deshumanización ha cesado y que los seres humanos vuelven a sus puestos, como antes del horror que el mundo vivió durante años y años?

Se quedó con la cabeza inclinada, sumido en sus pensamientos. Quizás hubiera permanecido así, de no interrumpirle una voz suave y melodiosa:

—¿Interrumpo, Alec?

Adam se incorporó vivamente. Se puso en pie, mirando a su visitante con expresión llena de grata sorpresa.

—¡Ziva! —murmuró, corriendo muy aprisa a su encuentro.

Ziva, con amplia sonrisa, luminosos como nunca sus verdes ojos, corrió a su encuentro también. Se aferraron las manos, mirándose intensamente el uno al otro.

—No quería venir —dijo ella—. Imaginé que el coronel Adam estaría muy ocupado ahora para atender a una visita agradecida.

—Oh, Ziva, no digas eso.

—Bueno, es la verdad. Ahora eres un hombre importante, Alec.

—Soy el mismo que era. Sencillamente, vuelvo a ser hombre. Eso es todo.

—¿Crees que puedo olvidar lo que te debo, Alec? Sé que intercediste por mí para sacarme de aquel infierno de la Granja Hipnotónica, cuando todo te era adverso.

—Olvídalo, Ziva. Era un deber de humanidad.

—¿Humanidad? Adam, ni siquiera me conocías cuando eso sucedió. ¿Por qué tuviste que sentir humanidad precisamente hacia mí?

—No lo sé. —Adam tragó saliva—. Tal vez me pareciste una muchacha encantadora. Y, además, eras tan bonita incluso allí, tras la reja electrificada…

—Gracias, Alec —sonrió Ziva—. Eso me gusta más que lo de tus sentimientos humanitarios. Después de todo, soy mujer.

—Lo sé. No es fácil olvidarse de eso ante ti, Ziva.

—Estás perdiendo tu seriedad —rió ella, halagada.

—Eso es algo que creí muy difícil, Ziva. Evidentemente, ejerces una rara influencia sobre mí. Me gustaría saber definirla.

—A mí también. ¿Sabes una cosa? Tu amigo Bolky parece loco por Jana. Se van a casar de veras. Conozco el caso de Bolky, que se casó con un autómata —se estremeció—. ¡Era horrible, Alec! Imaginar que te casabas con una especie de robot de hermoso aspecto, que pertenecía al Estado, no a ti. ¿No te ha predispuesto eso contra nosotras, las mujeres de verdad?

Estaba muy cerca de él. Al hablar, los labios modulaban las palabras tan próximamente a su rostro, que sentía el roce cálido de su aliento. Nunca supo cómo ocurría, pero se encontró con Ziva entre sus brazos. Y con los labios carnosos de la hermosa muchacha pegados a los suyos, en ardiente contacto y amoroso beso.

—Mujer de verdad —repitió Alec, apartándose despacio, casi sin aliento. La miró, turbado—. Sí, Ziva. Así eres tú. Todo vuelve a ser igual ahora, a pesar de las tonterías que yo pueda pensar. Debí estar loco para creer que nuestro esfuerzo había sido inútil, y que el mundo continuaba igual.

—¿Eso piensas? —El rostro de Ziva se ensombreció, mirándole intrigada.

—Sí, pero olvídalo —rió él—. Ya te digo que debía de estar loco.

—Tal vez lo esté yo también —musitó la hermosa morena de ojos esmeralda—. Porque lo cierto es que creo, como tú, que todo sigue igual. Y no me pidas que te explique el por qué. Pero mirando a la gente que pasa junto a mí, a los que se reintegran a sus trabajos, sin controles psicomentales y todo eso, me parece que sigo rodeada de autómatas. Aunque ahora sean de carne y hueso, siguen pareciendo robots, reproducciones mecánicas del auténtico hombre.

—Sí. —Estupefacto, él la miró—. Es lo que yo pienso, Ziva. Evidentemente, no sabemos lo que vemos siquiera… Pasará aún mucho tiempo antes de que nos adaptemos a la nueva vida en la Tierra, al regreso a las cosas viejas y queridas, entrañables y humanas.

—Sí, es evidente que así será. —Ziva se apartó de él, dirigiéndole una mirada insinuante—. Adam, no te molesto más. ¿Nos veremos después?

—Nos veremos, Ziva. Hay un viejo lugar donde sirven un buen café, algo que muchos olvidaron durante la tiranía del Sistema, aunque no yo. Te llevaré allí cuando termine de resolver las cuestiones de gobierno. Es lo malo de ser alguien en política. Uno no depende de sí mismo, sino de los demás.

—Claro, Alec. Estaré abajo cuando termines. Te esperaré.

Caminó hasta la puerta. Al llegar a ella se volvió bruscamente, miró a Adam y preguntó de forma inesperada:

—Alec, ¿tomaste muchas veces el «vino azul» que nos daban?

Adam se sobresaltó, levantando la cabeza. Miró larga y

fijamente a la muchacha.

—¿Qué quieres decir? —interrogó—. ¿Por qué se te ha ocurrido esa idea?

—No sé. Ha sido algo repentino, Adam. Yo no llegué a tomar aquel licor; nunca me fié de ese nuevo presidente que nos ha llegado, ni tuve fe en la rectitud del doctor Zookeb.

—¡Ziva! —la reprendió Adam—. No puedes hablar así del presidente. ¡Nuestro Presidente!

—Vaya, Adam. Creí que el Sistema había terminado —dijo ella con ironía.

—Perdona. —Alec se inclinó—. No lo he dicho en ese sentido. Ya no hay tiranía ni control de las ideas.

Sólo me refería a que Zookeb es nuestro libertador. Le debemos fe y gratitud.

—Sí, lo sé. Pero hay algo raro en él. En su granja era cruel y feroz sin necesidad, puesto que planeaba ese complot. He visto a las gentes que tomaban el «vino azul». Creo que era una bebida infernal. Lentamente iban cambiando. Se convertían en gente fría, indiferente, mecanizada casi. Insensibles a todo… y a todos.

—Ziva…

—Y ¿quieres saber algo? Jana, como todos los demás tomaba ese «vino azul» de la prisión. ¿Y tú, Adam?

—No —confesó él roncamente—. Tampoco lo tomé nunca, Ziva.

Ella no hizo más comentarios. Cerró tras de sí, suavemente. Alec Adam, perplejo, inclinó la cabeza.

Llevó la mano al visófono, para llamar a casa de Ric. Luego, lo pensó mejor y apartó los dedos del aparato. Era ridículo pensar que Ziva estuviese en lo cierto al pensar aquellas locuras. Cierto que él tampoco había ingerido el «vino azul» en la granja, pero de eso a recelar del nuevo presidente, el doctor Zookeb, al que todo lo debían…

Quizás Ziva tenía razón hasta cierto punto. Zookeb pudo haber sido menos cruel a veces. Pero ello podía formar parte de su plan para no hacerse sospechoso ante cualquier espía introducido por el Poder dentro del establecimiento sanitario-penal.

Apartó de sí tales ideas. Incluso había llegado a olvidar su extraña repulsa hacia el líquido azul de la granja. ¿Por qué tuvo que sacarlo a relucir ahora precisamente una persona con la que jamás

había hablado de ello?

Alec Adam recordó ciertas palabras de Ziva: «He visto a las gentes que tomaban el "vino azul"… Lentamente cambiando. Se convertían en gentes frías, indiferentes, mecanizadas. Jana también tomaba ese vino, como los demás…».

Esto le impulsó a buscar el visófono. Esta vez lo desconectó resueltamente. Pidió las cifras de casa de Ric. En la centralilla le pusieron en comunicación con él inmediatamente. Apareció en el visor del aparato el rostro de Ric Bolky.

—¿Qué hay, Adam? —preguntó, al ver el rostro de su amigo en la pantalla.

—No, nada. Sólo quería saber si todo seguía bien. —Adam no sabía en realidad qué decirle. Estaba un poco perplejo de su propia reacción.

—¡Oh, por supuesto! —Ric soltó una risa, haciendo una seña a alguien. En el campo visual del visófono entró ahora la belleza rubia y suave de Jana, que rodeó a Ric los hombros, con una risa y un beso—. Nos hemos casado. Y ahora de veras, Alec, por si el rito anterior no era legal. Jana es ya mi esposa, amigo. ¡Y ésta sí que no es una esposa mecánica, puedo asegurártelo!

—Oh, tonto —rió la joven—. Deja de contar nuestras cosas a Adam. Él tiene bastante con pensar en Ziva.

Hizo un guiño a Adam, riendo suavemente. Luego, besó a Bolky, y éste colgó.

Borróse la imagen en la diminuta pantalla. Adam rió a su vez, meneando la cabeza. No, no tenía razón para sospechar de nada. Todo era normal. Volvía a ser normal, pese a los temores de Ziva.

Un hombre y una mujer volvían a ser exactamente eso: hombre y mujer. El canto de la vida se reanudaba. Y se lo debían a Zookeb. Con todos sus defectos, el doctor era el auténtico libertador que había desplazado las máquinas, los robots, los controles electrónicos, todo aquello que rompía el corazón de la Humanidad, esclavizándola a una obediencia ciega hacia lo que ella misma creara.

No, no había razón para preocuparse. Ahora, menos que nunca…

Y, sin embargo, mientras Alec Adam caminaba después hacia su nueva residencia, en el centro de Metrópoli Uno, la preocupación

seguía allí. Insistente, sutil, difusa. Alojada en el fondo de su mente.

* * *

Empujó la puerta con firmeza. Caminó por la salita en sombras, y finalmente pulsó el resorte de la luz indirecta, suave, que le envolvió en un confortable ambiente hogareño.

Adam pensó de nuevo en Ric, y sonrió. Él también tenía ahora un hogar. Pero un hogar auténtico, con esposa, con sueños para su futuro. Algo que le faltaba a él. A no ser que Ziva…

Entornó los ojos, dejándose caer con un suspiro en un asiento de burbujas de aire, suave y tenue. Estaba fatigado. Muy fatigado. La rápida batalla, no por ser rápida y triunfal, había dejado de agotarle, al menos mentalmente; tenía los nervios abatidos después de la pasada tensión.

De repente, los nervios se volvieron a poner tensos apenas sonó una voz, allá en el interior de su casa:

—Buenas noches, coronel Adam…

Alec Adam, tras su rápido salto, se quedó frente al intruso que había penetrado en su vivienda. Lo reconoció inmediatamente cuando la claridad nimbó sus cabellos y su rostro pétreo y personalísimo.

Era la última persona a quien hubiera esperado ver allí; la última persona que podía hallarse en su casa y dirigirse a él con aquella voz suave, apacible y fatigada.

—Buenas noches, coronel Adam —repetía el visitante increíble, mientras Adam continuaba mudo por el asombro—. No tema. No he venido a hacerle daño. Sólo le pido que me escuche… y me ayude.

—¡Usted! —Por fin, la voz de Adam volvió con dificultad. Brotó ronca y tirante—. ¡Usted en mi casa! ¡El presidente del Estado Mundial derrocado!

—Sí, yo mismo —suspiró el hombre a quien sólo había visto hasta entonces a través de los «estereovisores»—. Yo, Xan Ghor, antiguo presidente de la Tierra, estoy implorándole atención y asilo.

CAPÍTULO VIII

SORPRESAS


l antiguo amo de la Tierra, Xan Ghor, ex presidente, el dictador implacable, estaba allí, delante de él. Alec Adam le contempló con estupor, con incredulidad.

Tras un silencio tenso, inquirió:

—¿Cómo se le ha ocurrido? ¿Cómo pudo venir precisamente a mí? Yo he sido una de sus víctimas. Pude haber muerto, de no mediar la acción salvadora de un hombre milagroso: el doctor Zookeb.

—No blasfeme, Adam —cortó el presidente—. No sabe lo que dice al calificar así a Zookeb. Él será el auténtico destructor de la especie humana. Todo aquello de lo que me acusan es cuanto él planea hacer con el mundo, ¿no lo comprende?

—No, no lo comprendo. Y no intente convencerme de ese disparate. Será mejor que se entregue. Es mi prisionero, Xan Ghor.

—Está bien. —Tristemente, el ex dictador inclinó la cabeza—. Debí suponer que éste sería el final de todo. No podía esperar otra cosa, a fin de cuentas. No sé siquiera por qué confié en usted, un ex reo de muerte, un rebelde que luchó contra mí y que ahora ostenta un cargo poderoso. Aunque de bien poco le servirá eso cuando Zookeb logre su sueño dorado.

—¿Su sueño dorado? —rió Adam burlonamente—. No veo la forma de que el doctor pueda soñar con algo mejor que esto. Es el presidente, la primera autoridad mundial. No hay nada más allá, Xan Ghor, usted lo sabe.

El presidente derrocado por la revolución libertadora movió la cabeza con pesar. Cuando alzó los ojos hacia Adam, reflejaban algo parecido a la angustia, al terror.

—Dios mío, ¿es que no lo entiende? Yo he sido un presidente quizás equivocado. Tal vez no debí permitir que las máquinas adquiriesen esa hegemonía, es cierto. Pero de eso a llamar libertador a Zookeb…

—Escuche esto, Xan Ghor —habló virulento el joven escritor convertido en figura destacada de la política mundial. Agitó una mano acusadora—. ¡Usted fue quien planeó dominar al mundo, tenerlo a sus pies y controlar al ser humano por medio de máquinas! ¡Usted dispuso sus controles a distancia, sus detectores, sus psicoestudios a distancia, su registro exhaustivo de la mente humana, para hacer de los hombres simples peleles movidos a su voluntad! ¡Usted convirtió al mundo en una ingente máquina con millones de piezas ensambladas fríamente, usted quitó alma y espíritu al hombre, usted provocó matrimonios mecanizados, con simples robots a su servicio! ¡Usted dispuso las abominables Granjas Hipnotónicas, las muertes en los Centros Biológicos del Estado y todo aquel horror incalificable y horrendo, que transformaba a los seres inteligentes en bestias dominadas por el látigo feroz de su maquinismo a ultranza! ¡Es usted, Xan Ghor, el responsable de todo lo que ha sucedido… y de cuanto esté por suceder!

Respiró hondo tras su arenga. El ex presidente inclinó la cabeza, desolado. Parecía realmente vencido, como si se viese forzado a admitir que aquélla era la verdad, la única y demoledora verdad capaz de ser esgrimida contra él.

Sin embargo, su voz dijo algo muy distinto cuando habló

roncamente:

—Usted tiene razón, Adam. Tiene razón en muchas cosas. Pero yo no he venido aquí a ser acusado, ni a convertirme en su prisionero. Eso sería estúpido por mi parte, ¿lo entiende?

—¿A qué viene, entonces?

—A buscar a un hombre inteligente, y quizás capacitado para evitar el caos. Al único hombre que puede salvar todavía al mundo.

Adam le miró, entre confuso y desconfiado. Esperó a que Xan Ghor hablase y éste dijo escuetamente:

—He venido confiando en su inteligencia, Adam. Tal vez me equivoqué con usted. Pero sinceramente, no lo creo. No puedo haberme equivocado hasta ese punto. Pude haber huido, haber dejado la Tierra, el mundo en que me hallo y donde, de descubierto, moriré implacablemente.

—Eso no me afecta, Xan Ghor. Usted me sentenció a mí. Yo no llego a tanto. Pero le entregaré a la Ley de Zookeb. A la verdadera Ley, que hoy impera en un mundo liberado…

La carcajada agria y estridente de Xan Ghor tuvo la virtud de sobresaltar a Alec. Miró con irritación al presidente, que seguía riendo, como si estuviera loco o como si aquello tuviera realmente algo de cómico.

—¡Liberado! ¡Liberado! —Y reía cada vez con mayor fuerza—. Cielos, Adam, no diga eso. ¿Es que no se ha dado cuenta todavía?

—Cuenta… ¿de qué?

—De todo. De todo lo que ocurre ahí, en cualquier lugar de ese hermoso mundo ideal que usted cree salvado para siempre de la esclavitud. —Se acercó al ventanal y señaló al exterior—. ¡Mire esas luces! Todo parece igual que lo soñó usted. Todo respira normalidad. ¡Y es mentira! ¡Mentira!

—Está loco, Xan Ghor, o furioso por su derrota; pero no me convencerá con sus argucias.

—Ni lo espero tampoco —meneó la cabeza negativamente—. Usted ha hablado de máquinas, de controles, de detectores magnéticos y de todo eso. Sí, confieso que cometí errores. No era mi idea llevar el maquinismo hasta el punto de deshumanizarlo todo. Pero cuando me di cuenta de mi error y quise rectificar, era tarde. Estaba dominado, controlado a mi vez por mis propias armas, que no era yo quien manejaba.

—¿Qué quiere decir?

—Siempre tuve un brazo derecho, un hombre de mi absoluta confianza, una especie de primer ministro que insistió en permanecer en el anónimo, en ser un eficaz y leal auxiliar incógnito, cuya identidad jamás conocerá el mundo. Un científico, un político y un ambicioso, todo en una misma persona. Ese hombre me ayudó en todo. Ese hombre me orientó y creó el poder de las máquinas y las represiones brutales. Cuando me di cuenta del alcance de su obra terrible, era ya tarde. Tenía que seguir adelante, o él me atacaría también a mí, destruyéndome. Tuve miedo, lo confieso. ¡Miedo, Adam! Y por eso todo siguió así. Hasta que ese hombre horrible, no contento con su poder compartido conmigo, planeó la gran rebelión, para hacerse el amo de todo, para destruirme y pasar a ser la cabeza visible de un mundo hecho a su medida, un mundo mil veces peor que el mecánico que yo tan desafortunadamente tracé y desarrollé. ¿Se da cuenta ahora?

—¿Está hablando de…?

—¡Del doctor Zookeb, sí! —Los ojos dilatados de Xan Ghor miraron alucinadamente a Adam—. ¡Él fue mi segundo, mi hombre fuerte! ¡Y él es quien ahora lo posee todo!

—No, no puedo creerle —rechazó con energía Adam—. Es la mentira más disparatada que jamás oí. Aun en el supuesto de que él hubiera sido así, al menos lo hizo por algo: por propia ambición. Y el mundo, liberado de nuevo, es un precio lo bastante bueno como para permitirle complacer su ansia de poder.

—¡Liberado! Vuelve a decir esa palabra sin saber lo que dice, Adam. ¡Zookeb ha cuidado de crear una Humanidad a su antojo! En cierta ocasión me dijo que su sueño supremo era el de llegar a disponer de un juguete; de un grande, inmenso y fabuloso juguete: un mundo de marionetas para él solo.

Xan Ghor agitó las manos frenéticamente. Abarcó todo, en torno de ellas:

—¡Y ya lo tiene! ¡El mundo es su juguete! ¡Y todos los seres que por él pululan llegarán a ser totalmente marionetas!

—¡Imposible!

—¿Imposible? ¡Loco! ¡Adam, usted está loco y ciego si no ve la verdad! ¡La única verdad! ¡Xan Ghor le dice la verdad ahora! ¿No ha visto a esos seres «liberados»? ¡Son como muñecos de carne y

hueso! ¡Zookeb les administró su droga atroz, el «vino azul», que convierte sus cerebros en simples espejos, en receptores de ideas ajenas emitidas «por él»!

—No… no puede ser…

Pero ya la voz de Adam empezaba a ser un jadeo ronco, y su rostro había palidecido intensamente.

—¡Es así, Adam! —rugió Xan Ghor—. ¡La muerte del mundo se está desarrollando ante usted, sin que se de cuenta de ello! ¿Es posible que no lo advierta? ¿Ha llegado a tomar también el «licor azul» que transforma a los hombres en marionetas, en peleles manejados a voluntad por un solo hombre?

Adam meneó la cabeza, perplejo, convulso. Los temores de Ziva, sus propios presentimientos… y ahora la revelación del ex presidente.

Todo ello formaba una suma escalofriante. La posibilidad de que un solo hombre, un vesánico alucinado, llegara realmente a mover todos los hilos de la Humanidad, agitando los monigotes humanos, los peleles de un ingente teatro de marionetas, sólo porque la locura del poder había germinado siniestramente, como un tumor mental, en un hombre astuto y capacitado.

Si ese hombre era el doctor Zookeb, el mundo estaba perdido.

Y ni siquiera él se veía con fuerzas para detener ahora el horror.

—Me cree, sí —jadeó Xan Ghor, avanzando hacia él, trémulo y estremecido—. ¡Yo leo en sus ojos que cree en mí, Adam! Va a hacer algo, ¿verdad? ¡Va a hacerlo!

—No… no podría, aunque esa locura inmensa fuese verdad —susurró él—. ¿No comprende que soy impotente para luchar con Zookeb? Además, yo he tratado a otras personas que tomaron durante meses el «licor azul» en la Granja Hipnotónica de Zookeb. Son perfectamente humanos, normales. La esposa de mi amigo Bolky, una muchacha llamada Jana, manifestó ternura y amor naturales. No hay motivo para alarmarse. La gente podrá estar aturdida, como hipnotizada aún por el tratamiento hipnotónico que usted llevó a la práctica. Pero es todo. Eso es todo lo que yo veo.

—Ese tratamiento fue idea y obra del propio Zookeb —suspiró tristemente Xan Ghor—. No espero que me crea, pero en realidad lo que hizo fue ir preparando a su gente para el futuro: ir creando marionetas humanas. No era el tratamiento hipnotónico, sino ese

licor azul. ¡Ahí está la razón de todo! El que haya tomado ese veneno mental es sólo un servidor leal del presidente Zookeb, un pelele movido por hilos invisibles que él controla a distancia, con la única obra maestra de la mecánica que existe hoy en día en la Tierra. Una máquina que él ocultó celosamente a todos, incluso a usted. Sus órdenes, emitidas en cierta frecuencia de ondas, llegan a los cerebros alterados por el licor azul. Y éstos, a su vez, sirven licor azul a otras víctimas, para ampliar la masa de marionetas humanas hasta abarcar a todo el mundo. En estos momentos, seguramente, esa dulce joven llamada Jana, estará haciendo tomar el licor azul a su amigo Bolky.

—¡No! ¡Él no aceptará nunca ese licor! ¡Yo le puse sobre aviso y no lo tomó en la granja!

—De modo que usted «sospechó» ya, ¿eh, Adam? —Los ojos del ex presidente brillaron—. Veo que no me equivoqué con usted… Pero ¿sabe lo que sucederá si su amigo no toma el licor azul y no se deja convencer por su dulce esposa?

—No.

—Pues bien. ¡Ella le aniquilará! Le matará, Adam.

—¡No!

—Todo el que no quiera ser una marioneta ha de morir. Usted también, Adam.

No podía explicarse la razón, quizá porque aquella historia fantástica confirmaba extraños e inconcretos temores suyos, y concretas sospechas de Ziva también; pero Adam supo que el ex presidente decía la verdad.

Supo que Zookeb era un tirano espantoso, un loco que quería convertir el planeta en una ingente masa de peleles humanos movidos por él. Un juguete alucinante, en manos de un demente satánico, convertido en dueño del mundo.

Y supo también que Ric Bolky volvía a correr peligro mortal junto a la nueva Jana, la esposa que ahora era de carne y hueso, pero tan peligrosa como la anterior imitada en materias plásticas y mecanismos electrónicos.

Supo, al mismo tiempo, que no existía forma alguna de luchar, de evitar que el juego delirante, terrible y colosal del demoníaco doctor Zookeb llegase a convertirse en una espantosa realidad que, de una vez por todas, acabaría con la auténtica vida humana en el

mundo.

Alec Adam, alucinado, supo con terrible certeza que no existía solución. Que él no podía hallarla.

Que todo estaba perdido.

Todo.

CAPÍTULO IX

EL GRAN «GUIGNOL»


uerido mío, bebe algo…

—Jana, mi amor. No tengo ganas de tomar nada —sonrió Ric Bolky, bostezando cansadamente, tendido en el diván de espuma y burbujas de aire—, sino de descansar. Retirémonos ya, ¿quieres?

—¿Y vas a despreciar a tu esposa el combinado que te ha preparado con tanta ilusión? —Jana hizo un suave mohín con sus labios fruncidos—. Oh, no, Bolky, no puedes ser tan perverso con tu mujercita. Piensa que es nuestro primer día de casados. El primero de nuestra felicidad y de nuestro futuro. Brindemos por él, ¿quieres? Me agradaría mucho que lo hicieras. Sería nuestro primer brindis.

—Pero, Jana, si no deseo beber —insistió Ric, ante la copa que ella le tendía. Una copa semioval, opaca, de un color violeta, con jaspeados de oro. Dentro, el líquido dispuesto por Jana en el

mueble-bar de la vivienda bailoteaba esperando ser ingerido—. ¿Por qué se te ha metido esa idea en la cabeza, precisamente ahora?

—Yo beberé contigo —rió ella, mostrándole su propia copa—. ¿Lo ves, cariño?

Tomó un largo trago. Alegre, jovialmente, puso la copa llena en la mano de Ric. Insistió, besándole suavemente en los labios y las mejillas:

—Vamos, no me defraudes, querido. Choquemos las copas, como dicen que la gente hacía siglos atrás, y bebamos por nosotros. Por nosotros dos y porque el mundo entero llegue a ser lo que yo deseo.

Ric Bolky suspiró, tomando la copa. La miró, ceñudo. Luego rió, meneando la cabeza.

—Eres incorregible —dijo agudamente—. Está bien. Beberé, mi pequeña Jana. Brindo por ti, por mí, por nuestros hijos futuros, y por el bien de todos nuestros semejantes, especialmente de nuestro amigo Alec Adam.

—Así sea —concluyó ella, con una suave risa musical. Y volvió a beber, en el instante mismo en que Ric llevaba la copa a sus labios.

Estaba mirando a Jana mientras aproximaba la copa a la boca. No hubiese visto nada, salvo el brillo de las azules pupilas de la joven, fijas en él; un destello azul subyugante, que hubiera borrado cualquier otro brillo, incluso el del licor maldito, que bailoteaba dentro de la copa, a media pulgada de sus labios…

—No bebas, Ric. ¡No bebas!

Ric dio un salto, con vivísima sorpresa e inquietud. Jana se volvió rápidamente, con un corto chillido. La voz había sonado a sus espaldas, dura, grave y autoritaria.

—¡Alec! —jadeó Ric, estupefacto, viendo a su amigo en el umbral mismo de la cristalera que asomaba a la amplia terraza desde la que se dominaba la ingente metrópoli, con sus miríadas de luces, colores y edificios rectilíneos—. ¡Alec…!

—¿Qué hace aquí tu amigo Adam? —gritó Jana—. ¿Qué significa esto?

—No bebas, Ric —insistió la voz de Alec Adam, avanzando hacia ellos—. Es el «vino azul». El licor que subyuga a los humanos, convirtiéndoles en autómatas al servicio de una mente maestra.

—¡No! —Horrorizado, Ric apartó la copa de sí. Por primera vez, vio un brillo azul y frío, que no era el de los ojos de Jana, sino el de

aquel licor en la copa. Azul, intensamente azul y espeso—. ¡Oh, no, Jana!…

Tiró la copa al suelo. Se quebró la fina materia vítrea, derramándose el licor en un charco añil brillante. Jana gritó roncamente, y se precipitó hacia la galería encristalada por la que Adam acababa de penetrar en el piso.

—¡No, Jana! —aulló Adam—. ¡Vuelve aquí!

—¡Jana! —Estupefacto, dolorido, Ric se había derrumbado, sin fuerzas ni reflejos siquiera para correr en pos de ella—. Otra vez… traicionado. Y ahora por ella misma.

—¡Tampoco es ella misma ahora! —rugió Adam, corriendo en pos de la joven hacia la terraza exterior, por la que la rubia muchacha corría alocadamente, como en alas de una fuerza nefasta, hacia el borde mismo de la plataforma aérea. Una caída desde allí significaría su destrucción segura—. ¡Está sometida a otro influjo… el mismo que la ha ordenado ahora matarse!

Ric reaccionó en alguna forma parcial, y corrió también en pos de Adam. Éste se detuvo, tenso, a poca distancia de Jana, cuando ella se revolvió, con ojos dilatados, lívido el rostro, entrecortada la respiración.

—¡No me toques, Adam! —susurró, convulsa—. ¡Voy a arrojarme, de todos modos! ¡Voy a saltar, aunque trates de impedirlo!

—Escucha, Jana —habló Adam roncamente, clavando en ella sus ojos penetrantes, duros como el acero mismo—. He llegado a tiempo de salvar la vida de Ric Bolky, mi mejor amigo. De salvar su existencia de auténtico ser humano, libre de influjos perversos. Igualmente deseo salvarte a ti, Jana.

—¡No lo lograrás! —Silabeó ella, dando un paso más hacia atrás, hacia el borde asomado a la terrible sima urbana, al abismo de luces y bloques compactos de viviendas plásticas—. ¡El próximo paso será el definitivo! ¡Saltaré, Adam! ¡Mi último salto!

—No lo hagas —imploró la voz rota de Ric Bolky—. ¡No, Jana! Yo te perdono…

—¡Calla, Ric! —cortó agriamente Adam—. Deja que yo hable con ella. Sé que no va a saltar.

—¡Adam! —gimió Bolky—. ¡No la desafíes! ¡Está como loca!

—No es eso. —Los ojos de Adam no se apartaban un ápice de

ella; la perforaban, se fijaban en los suyos casi de un modo obsesivo. Las pupilas del joven parecían cuentas de vidrio fulgurantes. Ella tampoco apartaba los ojos de él—. ¿Verdad que no es eso, Jana? ¿Verdad que tú no estás loca, sino poseída por la fuerza hipnótica y mental de un hombre, de un sistema magnético a distancia? ¿Verdad que tu mente, Jana amiga, es como un espejo indefenso e indiferente, que refleja ideas ajenas, y las lleva a la práctica?

—S… sí… —Dificultosamente, Jana respondió con el monosílabo. No separaba la mirada de Adam. Parecía petrificada.

—¿Verdad que tú jamás deseaste la destrucción de Ric como ser humano?

—N… no…

Bolky iba a hablar. Un gesto enérgico y durísimo de Adam le detuvo. Ni un solo momento separó Alec su mirada magnética de la inmovilizada joven cuyo cuerpo esbelto oscilaba muy cerca del terrible borde mortal.

—¿Qué sientes por Ric Bolky, Jana?

—Amor…

—¿Por qué le dabas la bebida azul?

—Porque tenía que hacerlo.

—¿Era la orden?

—Sí.

—¿Sentías esa orden en tu cerebro?

—Sí…

—¿La sientes ahora?

—No, no. Ahora, no…

—¿Qué sientes ahora, Jana?

—No sé… Paz, sueño, calma. Unas ganas muy grandes de dormir. Dormir…

—¿Deseas arrojarte al vacío?

—No. Quiero vivir. Amo a Ric…

—¿Recibiste esa orden en tu mente? ¿Te ordenaron saltar al espacio, para morir?

—Sí…

—¿Por qué?

—No sé… No sé nada. Sólo sé que debía hacerlo. Me lo ordenaba él.

—¿Quién?

—Él. Mi amo… El doctor Zookeb…

Un murmullo ininteligible brotó de los labios del atónito Ric. Adam esperaba eso y se volvió, imponiéndole silencio con un gesto violento. Luego, avanzó lenta, muy lentamente, hacia la peligrosa posición de Jana, cerca del vacío.

—El doctor Zookeb no es tu amo ya, Jana. Repítelo conmigo.

—El doctor Zookeb no es ya mi amo… No es ya mi amo…

—Eso es. Recuérdalo cuando despiertes, Jana. Aún puedes salvarte, ser la mujer que deseas. Aún puedes amar a Ric y ser dueña de ti misma. Ahora, Jana, duerme. Duerme…

Ella cayó. Pero cuando bajó sus párpados, le flojearon las rodillas y osciló, ya estaba él a su lado. Brazos nervudos asieron el frágil cuerpo, que se precipitaba peligrosamente atrás, absorbido por el vacío.

Bolky lanzó un grito. Pero ya no había razón. Jana, entre los brazos firmes de Adam, era elevada como una pluma. Dormía apaciblemente, colgando su cabeza de rubios cabellos. Ric la besó, trémulo aún.

—Déjala descansar, Ric —pidió Adam suavemente—; lo necesita. He borrado de su mente las ideas de Zookeb. La he curado con lo único capaz de contrarrestar el magnetismo mecánico y distante de Zookeb: el magnetismo personal. Todavía los humanos somos superiores a las máquinas.

—Dios mío, Adam. Pero ¿es posible que Zookeb…?

—Yo tampoco lo creía. Tuvo que ser nuestro peor enemigo, Xan Ghor, quien lo dijese.

Habían entrado en la casa de Ric, y depositado a Jana en el diván. Ric se había vuelto, estupefacto, hacia Adam.

—¡Xan Ghor! Pero ¿cómo puede ser esto, Adam?

Él se lo refirió brevemente. Ric estaba tan asombrado que ni siquiera le interrumpió. Adam concluyó el relato con una cruda advertencia:

—A estas horas, nuestro guiñolesco presidente, el hombre que quiere convertir el mundo en un teatro de marionetas, es el ser más peligroso de la creación. Además, debe de estar enterado de que falla algo, y que uno de sus muñecos se ha rebelado contra sus órdenes. Sabrá positivamente de quién se trata, e imaginará que yo

estoy detrás de todo esto. Recuerda que Zookeb es muy astuto y conoce bien a la gente.

—¡Ese loco incalificable! ¡No logrará nunca su propósito! ¡El mundo no puede ser un desván cubierto de monigotes, de peleles inanimados que él mueva a su antojo, como si fueran títeres!

—¿No? —Adam aguzó el oído—. Escucha eso, Ric.

Bolky escuchó también. Una sirena lejana se dejaba sentir, aproximándose por el cielo nocturno. Perplejo, miró a Adam, esperando una aclaración.

—Patrullas de policía, Ric —sentenció duramente Adam—. Vienen seguramente a por nosotros. Y recuerda que los que vengan no serán policías de verdad, con conciencia y espíritu de justicia, sino peleles con hilos atados a las manos de Zookeb.

—¡Dios mío! —Bolky miró lívido a la dormida Jana; parecía preocupado solamente por ella—. ¿Y qué va a suceder ahora?

—Lo ignoro, Ric. Yo puedo luchar contra un ser dominado por esta fuerza remota que mueve Zookeb, pero no contra toda una legión de hombres reducidos a autómatas mentales. No puedo hacer nada…

—¡Nada!

Nunca la palabra sonó más desoladora que en labios del trémulo Ric Bolky, anonadado por la magnitud del drama que volvían a vivir. Y precisamente cuando creían que había empezado la liberación.

Alec Adam caminó hacia la terraza. Escudriñó la noche. Lejanas aún, pero aumentando su volumen progresivamente, las luces rojas y verdes de los aerobólidos de la policía ululaban en la noche, aproximándose adonde el complejo sistema magnético-mental del doctor Zookeb había señalado la presencia de un foco de rebeldía a su monstruoso proyecto de subversión mundial.

—No tardarán en llegar —dijo roncamente—. Son al menos una escuadrilla de diez o doce naves. ¿Qué podemos hacer ante un centenar de «sometidos», que Zookeb moverá a su antojo, para capturarnos o destruirnos?

—Y Xan Ghor, que tanto conocía a su antiguo lugarteniente, ¿no ha hallado un medio de salvar al mundo de todo esto? ¿No puede ese hombre sugerir una sola posibilidad esperanzadora, que le redimiese del mal que su propia ambición y sus errores han

desencadenado sobre nosotras, Adam?

Alec se encogió de hombros, fatalista, entrando en la estancia de nuevo. Miró a su amigo con fijeza y musitó:

—Nadie puede hacer nada cuando las riendas del poder están en manos de un loco lleno de fuerza e inteligencia. Xan Ghor tenía una remota esperanza, basada en la fuerza misma del ser humano para oponerse a su destino. Pobre consuelo es ése, Ric. Y, sin embargo, es el único que nos queda.

Bolky se dejó caer junto a Jana. De rodillas, besó su rostro, sus labios, y alzó un rostro patético hacia Alec:

—Al menos, todo terminará estando juntos, Adam. Ella y yo…

—No puedo decir lo mismo. Ni siquiera sé dónde estará Ziva. En cualquier lugar de la noche, de la ciudad. Descansando quizás, e ignorando lo que nos acecha. A pesar de que ella lo sospechó quizás antes que ninguno de nosotros. No se fiaba de Zookeb ni de la aparente «liberación» mundial. Me pregunto qué pudo ver para…

—Bueno, Ziva no es ninguna tonta —interrumpió Bolky, pensativo—. Jana me habló de ella. ¿Sabes que ha sido una gran experta en electrónica y magnetismo, pero que el Estado Mundial la desposeyó de su título antes de internarla en aquel recinto?

—No lo sabía —parpadeó Adam—. Sé muy poco de Ziva. Y lo curioso es que lo advierto ahora por primera vez. ¿Qué más te contó Jana de ella?

Bolky se humedeció los labios nerviosamente. Tragó saliva, mirando hacia el exterior, a través de la vidriera de la terraza. El ulular de los aerobólidos se sentía ya muy próximo. El parpadeo repetido de luces rojas y verdes formaba un carrusel creciente, allá en el negro estrellado de la noche.

—Bueno, tú sabes que tanto Jana como Ziva son de las que Xan Ghor y su Régimen consideraban como «inferiores», ¿no es cierto?

—Sí, Bolky. Mestizas de seres terrestres y de otros planetas.

—Bien. Jana es mestiza de terrestre y venusina. Pero Ziva…

—¿Qué hay con ella?

—Ziva es descendiente de una raza ya extinta en el planeta Saturno. Una raza superior y poderosa, de la que se dice que poseía la fuerza mental capaz para destruirse entre sí sin armas ni lucha. Esa fuerza cerebral, esas ondas destructoras, orientadas en un afán bélico, son las que, al parecer, terminaron con los naturales de

Saturno en tiempos remotos. Ahora, los pueblos pacíficos y poco inteligentes que existen, en nada se parecen físicamente a los rasgos de Ziva. Ella es de «la otra raza». Quizás su última descendiente.

—Sí, sus ojos tienen un verde como jamás he visto —meditó Adam—. Su piel parece cobre terso, su pelo es azul, su poder magnético parece muy grande cuando clava los ojos en uno. Y lo que ella dijo «sospechar» acaso era ya certeza.

—Sí, sin duda «vio» lo que sucedía, mientras los demás estábamos ciegos. Recuerda que en la granja ella nunca tomó el vino azul. Tú ignorabas la causa, pero es posible que ella supiese entonces lo que era aquel vino. Inconscientemente, las ondas poderosas de su mente le hacían rechazar aquello. Cuando ha pensado en el fenómeno puede haberse dado cuenta de la verdadera razón.

—Ziva, la criatura enigmática y desconcertante —suspiró Alec Adam, fija su mirada en la patrulla fantástica que hendía el cielo hacia ellos. Los aerobólidos fulgurantes, con el ulular de sus sirenas, eran como una sentencia de muerte para ellos.

Y lo peor era aquella impotencia, aquél no hacer nada, aquella resignación ante lo inevitable.

—Todo está perdido —jadeó Adam—. Perdido, Ric. No hay fuerza capaz de detener esto.

Y esperaron, con los fulgores rojos y verdes de los proyectores rotantes de aquellos aerobólidos proyectándose en su faz con reflejos vivísimos, que se consumara el horror.

CAPÍTULO X

LA GRAN FUERZA


os aerobólidos se posaron en las terrazas circundantes. Sus puertas vomitaron hombres de uniforme, armados con sus proyectores de energía.

Se movieron en torno a la residencia de Ric Bolky, con precisión de soldados en campaña. O de autómatas.

De la nave posada en la terraza misma del edificio surgían hasta una veintena de hombres armados. Alec Adam se maldijo por no haber advertido antes lo que la superior sensibilidad de Ziva había descubierto con certeza.

Aquellos policías que ahora avanzaban hacia ellos actuaban de un modo rígido, mecánico, como auténticos personajes de un teatrillo de «guignol», movido por dedos hábiles.

—Marionetas… —Silabeó, furioso—. ¡Eso es lo que son! ¡Eso es lo que seremos todos dentro de poco!

Sus mentes vacías, sus cerebros, reducidos por el líquido azul a simples receptores de ideas ajenas, eran como el serrín que llena las cabezas de trapo de unos peleles, de unos muñecos sin alma.

Primero las máquinas dominando a los hombres. Luego, los hombres mismos, convertidos en máquinas…

Aquél era el año 3000 de la Era Cristiana. La época de esplendor y gloria del planeta Tierra, pensaba Adam con amarga ironía, con desesperada impotencia para evitar lo inevitable, lo que estaba llegando ya a la frontera frágil de la vidriera.

Aquellos policías, ni siquiera iban a arrestarles. Su orden mental era sin duda más concreta. Adam creía leerlo en la rigidez, en la brusquedad de sus movimientos.

Llevaban la orden de matar.

E iban a cumplirla inexorablemente.

* * *

El doctor Zookeb rió larga, siniestramente.

Inclinado sobre la pequeña máquina controladora que ocultaba celosamente en su estancia, sus ojos demoníacos, centelleantes y duros se clavaban en el parpadeo continuado de miríadas de lucecillas situadas bajo la pantallita opalescente del tablero frontal de su máquina.

Aquellos parpadeos indicaban que todo funcionaba bien, que el colosal engranaje de su colección de muñecos humanos iba encauzándose perfectamente. Lo mismo que antes, al fallar su contacto mental con Jana Bolky se dio perfecta cuenta de ello por la oscilación intermitente de la luz de situación, en el cuadro luminoso de la transmisión de ondas mentales a distancia.

El doctor Zookeb alargó sus carcajadas monstruosamente, frotando las manos ante su ingenio. Igual que un maléfico ser de la Mitología, sus manos abarcaban simbólicamente la faz de la Tierra, la vida de sus seres…

—¡Míos! ¡Todos míos! —aulló, agitado por su risa espasmódica y demente—. ¡Tengo a todos en mis manos! ¡Son mis muñecos, mis queridos y dóciles muñecos! ¡El mundo entero me pertenece! ¡Soy el amo del Mundo, y haré mover a mi antojo el curso de los hechos, la vida de los seres todos! ¡Jamás ser alguno llegó a tanto, nunca

pudo nadie soñar con tan alto poder! ¡La gran fuerza de mi mente, encauzada con ese transmisor que convierte mis ideas en órdenes poderosas para las mentes inútiles de mis muñecos de carne y hueso, me da el poder más gigantesco y terrible que jamás se soñó! ¡Y esto es sólo el principio! ¡Puedo ir a otros mundos, someterlos a todos! ¡Puedo ser el hombre más poderoso que jamás existió!

Reía como un poseso. Gritaba de forma estentórea mientras sus manos señalaban hacia la máquina y los reflejos rápidos de ésta pasaban por su faz iluminándola satánicamente, dando un fulgor diabólico y espectral a sus ojos desorbitados.

—¡Matad! ¡Matad, pronto! ¡Destruid a Jana, a Bolky, a Alec Adam! ¡Destruidles, mis muñecos leales! ¡Es mi orden! ¡La orden sin apelación de vuestro amo!

Pero sus propias risas le impidieron captar el repentino zumbido en la máquina.

Luego, en el cuadro luminoso, brotó una chispa azul. Ocurrió algo.

Zookeb lanzó un alarido terrible y dejó de reír. Contempló, estupefacto, la máquina que humeaba, que chisporroteaba entre sus dedos.

—¡Noooo! —rugió—. ¡No puede fallar ahora! ¡Eso no…!

Un dolor atroz se clavó en sus sienes, martilleándole con violencia. Soltó la máquina de reducido tamaño, que parecía despedir descargas eléctricas o algo peor. Un centelleante arco voltaico, azul lívido, se formaba entre dos electrodos, y extrañamente ese arco lanzaba pequeñas chispas o dardos de luz hacia Zookeb, que rugía, oprimiéndose con furia las sienes, derribando muebles y objetos, en una alucinante pugna con un enemigo invisible.

—¡Oh, no, no! ¡Por favor, soltadme! ¡No, no puedo resistir más! ¡No puedo!

Entre convulsiones rodó por el suelo de su cámara, en la soledad de su retiro, pero sacudido por aquel enemigo implacable, invisible, que le acosaba mortalmente, que le forzaba a golpear, a chillar, a retorcerse.

Todo en vano. Zookeb parecía luchar con un poder superior al de su mente y su ingenio. La máquina misma parecía estarle destruyendo.

Zookeb no lo entendía, no podía entender nada.

En realidad, murió sin llegar a entender jamás lo que había sucedido.

Lo que terminó con su poderío de loco y salvó al mundo en el instante supremo.

* * *

Alec Adam rodeó otra vez a los hombres inmóviles, que como una absurda colección de estatuas de carne continuaban en la terraza, bajo las estrellas. Policías quietos, petrificados. Como si en un viejo cuento de hadas, un hada invisible les hubiese tocado con su varita mágica para convertirlos en figuras inanimadas, víctimas de un fantástico hechizo.

—No lo comprendo —susurró, contemplando sus manos crispadas en torno a los proyectores de energía destructora—. ¡No puedo entenderlo, Ric! Ellos tenían orden de aniquilarnos. Alzaron sus armas para destruirnos implacablemente… y, de pronto, todo terminó. Se quedaron ahí. Quietos, como los personajes de «La Bella Durmiente». Es absurdo, ¿no te parece?

—El absurdo más maravilloso que jamás he visto —dijo Bolky, confuso—. ¡Quizá todas las marionetas de carne y hueso de Zookeb se han quedado así en toda la superficie terrestre!

—Quizá sí —reflexionó Adam—. Pero ¿por qué? ¿Cómo pudo suceder esto?

Ric Bolky se encogió de hombros. Contempló a los policías inertes, erguidos y sin expresión, sin movimiento, sin vida aparente.

—Si tú no lo puedes entender, ¿qué haré yo, Alec? Confieso mi ignorancia más completa. Es algo que mi mente no logra comprender. Parecía no haber remedio alguno, y ahí tienes eso. A no ser que se trate de otra jugada de Zookeb para prolongar cruelmente nuestra angustia.

—Podría ser, pero no lo creo. A Zookeb le urgía eliminar a sus enemigos más serios. Y ésos éramos nosotros, Ric.

Hubo un silencio. Otra vuelta en torno a los inmóviles policías. Luego, la misma pregunta inquietante:

—¿Cómo ha sucedido? ¿Quién ha hecho esto?

Pero ahora hubo respuesta. Una respuesta suave, breve,

inesperada:

—Yo…

Ric Bolky dio un respingo, volviéndose vivamente hacia donde brotara la voz cálida, profunda, llena de inflexiones y matices de riquísima sonoridad. Alec Adam también giró la cabeza, clavando sus ojos en el personaje hermoso y fantástico que surgía ante ellos, en la terraza asomada al vacío urbano, cuajado de luz y de geometría arquitectónica audacísima.

—¡Ziva! —exclamó—. ¡Tú, Ziva…!

Corrió a ella. Era como ir hacia un fantasma luminiscente. Ziva, con aquel traje fosfórico, entre dorado y plata, que se adhería a sus espléndidas curvas. Radiante, triunfal, risueña. Con la sonrisa brillando en sus labios jugosos, con la luz del triunfo y del júbilo llameando en el abismo verde de sus pupilas.

Ella le acogió en sus brazos cobrizos. Le sonrió como solamente ella podía hacerlo. Le besó, como nunca había besado nadie. Y Adam le devolvió el beso. Detrás, a espaldas de Ziva, en el vacío, flotando inmóvil a menos de diez pulgadas del borde de la plataforma aérea, una especie de disco cristalino, translúcido como alas de insecto. La nave ligera, alada, en que había llegado Ziva hasta allí: un monodisco que Alec Adam no había visto nunca.

Al separarse sus labios, ella sonreía más feliz que nunca. Apoyó su cabeza de azules cabellos contra el torso atlético de Alec y musitó:

—Es maravilloso, Alec. Volver a ser humanos. Saberse rodeados de humanos. Tener, por fin, la seguridad de que todo será ya como fue siempre. Y para siempre también.

—Tú sabías todo lo que ocurría, ¿verdad, Ziva? No era sólo una sospecha.

—No, era algo más que eso. Pero no podía decírtelo, porque no me hubieras creído tampoco. Veías en Zookeb a un líder libertador, y era lógico que así ocurriera. A pesar de que tu instinto te apartaba de ese licor azul malévolo. Veo que ahora ya sabes todo.

—Casi todo —sonrió Adam—. Sé lo que ocurría. Y lo que hubiera ocurrido. Pero no sé lo que pasó para evitarlo. Tú has dicho que hiciste eso.

—Sí, Alec.

—¿Cómo, Ziva?

—Tal vez sepas ya que desciendo de una poderosa raza de Saturno.

—Sí. Gente que poseía una inteligencia poderosa y mortífera.

—Poderosa y mortífera, eso es. Yo heredé algo de su poder, pero no quería aplicarlo para destruir. Además, sabía que el simple hecho de aplicar una sola vez toda mi fuerza mental, concentrándola en algo, significaba perder ya definitivamente mi propiedad. Al agotar todas las reservas de mi mente superior, ésta se transforma en una mente normal. Y casi me alegro de ello, Alec. Así seré una mujer normal desde hoy. Vale la pena haber consumido todo mi gran poder mental concentrándolo en una sola acción: invertir el circuito magnético-mental del ingenio creado por Zookeb. Yo sabía que existía; yo poseía antes fuerza telepática suficiente para eso. Y al concentrar toda mi fuerza mental, emitida a distancia hasta la propia máquina de Zookeb, creada para seres normales de la Tierra, provoqué un cortocircuito y la máquina invirtió su trabajo, lanzando ondas mentales terribles, destructoras, surgidas de mi concentración mental, contra la propia mente de Zookeb, fija en su ingenio diabólico.

—Y él, ¿ha muerto? —jadeó Adam, palideciendo intensamente.

—Si —suspiró ella, inclinando la cabeza—. Espero que nunca más destruya a nadie. Amo la vida y amo a los demás. Deseo que todos vivan. Esto lo hice por ti. Intuí que estabas en peligro. Ya te dije que mi mente es algo fantástico, o lo era antes del prodigio alcanzado, Alec.

—El gran guiñolista ha muerto.

—Murió, sí. Mi poder mental quebró su propia mente, enloqueciéndole primero y provocando luego su ataque cerebral. Prácticamente, al dejar de funcionar su cerebro terminó su vida. Y con ella el peligro. Ahora las mentes humanas están liberadas. Será cuestión de tiempo y paciencia adaptar a todos a vivir normalmente.

—Adaptar al mundo —repitió Adam acariciando los cabellos de Ziva—. Pero ¿quién podrá regir ahora los destinos del mundo? ¿Quién está capacitado para eso?

—Tú, Adam —sonrió dulcemente Ziva.

—¿Yo? —Atónito, Alec la miró sin saber decir otra cosa.

—Sí, Adam. Tú —apoyó Ric Bolky—. Eres el mejor. Y contigo, el

mundo volverá a ser mejor, a partir del año tres mil de nuestra era.

Alec Adam no respondió. Ziva le besaba de nuevo.

Pero tanto ella como Bolky pensaban que ya había aceptado. Era el principio de un mundo mejor.

El principio de una vida nueva para la Tierra.

Sin autómatas, sin máquinas, sin mentes privilegiadas que controlasen a los demás; solos con su destino, solos con su misión de humanos en el mundo.

Solos en la Creación, con la voluntad misma de Dios…





Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.